

CONCURSO  
HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

*Me lo contó mi abuelito*

23 AÑOS



CONCURSO  
HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

*Me lo contó mi abuelito*





Coordinación de contenidos y correcciones finales:  
Christine Gleisner, Sara Montt

Diseño:  
Victoria Neriz

Ilustraciones:  
Katerina Gleboff

Corrección de estilo:  
Rodrigo Jarque

Derechos reservados

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 263410  
ISBN: 978-956-7215-61-4  
Marzo 2016, Santiago de Chile

Imprenta:  
Maval

# ÍNDICE

<b>PRESENTACIÓN</b>	<b>7</b>
<b>PALABRAS DEL JURADO A LOS ESCRITORES</b>	<b>8</b>
<b>PREMIOS NACIONALES</b>	
LA CARTA, Aelyn Michell Ruiz Muñoz	11
EL LEGADO DE UNA PARTERA, Catalina del Carmen Cárcamo Mena	14
OTROLO, Bastián Alexander Arratia Garrido	18
LOS MAPUCHES DE ANTES, Catalina Ximena Lincoñir Morales	20
<b>REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA</b>	
LOS MARCHANTES DE GUAÑACAGUA, Daniela Andrea Leppe Nina	22
LA BANDA DIABLA, Pablo Antonio Yanye Chambe	24
LA NOVIA DE AZAPA, Cristina Alejandra Ortega Véliz	26
EL MISTERIO DE LAS MOMIAS CHINCHORRO, Benjamín Ignacio Arancibia Fabio	29
<b>REGIÓN DE TARAPACÁ</b>	
PICA, UNA FLOR EN LA ARENA, Arianne Katarí Neyén Garcés Tapia	32
MI ABUELO EL YATIRI, Mariane Amanda Mamani García	35
EL CÓNDOR Y EL LAGARTO, Pablo Josué Aravire Marca	37
<b>REGIÓN DE ANTOFAGASTA</b>	
LA NIÑA QUE TENÍA UN PROBLEMA CON SUS DIENTES, Ariadna Daniela Lasnibat Alcota	39
AYHAWIRE Y LA MARIPOSA, Alexis Paolo Alvarez Pizarro	41
LA LLORONA DEL CARBONCILLO, Luciano Bastián González Pérez	44
<b>REGIÓN DE ATACAMA</b>	
LOS APESTADOS, Keyla Valentina Iriarte Aracena	46
MI ABUELO Y LAS CABRAS, Verónica Valentina Escobar Escobar	48

**REGIÓN DE COQUIMBO**

HAY QUE VIVIRLO PARA CREERLO, Michelle Katherinna Belén Barraza Bustamante	50
HISTORIA DE UN GRAN ABUELO, Luis Andrés Soto Astudillo	53
LA CUCA MULA, Iván Rafael Bugueño Bugueño	56

**REGIÓN DE VALPARAÍSO**

LA CARRETA NEGRA, Daniela Ignacia Espinoza Espinoza	58
PAJARITO, Karla Daniella Aliaga Fuenzalida	60
LA HISTORIA DE LAS SIEMBRAS DE LOS PERALES, Bárbara Narayana Morales Morales	62
UN CARABINERO BIBLIOTECARIO, Matías Jesús Valenzuela Toledo	64

**REGIÓN METROPOLITANA**

UNA CARRERA MUY ESPECIAL, Matilda Amanda Maturana Sotelo	66
LA VIEJA COPUCHENTA, Keila Mirna Méndez Ibacache	69
PEQUEÑA VIVENCIA DEL RÍO LAMPA, María Jesús Ramos Riquelme	71

**REGIÓN DE O'HIGGINS**

CUENTOS DE LA ABUELA INÉS, Javiera Antonia Ignacia González Briones	73
¿CÓMO SE HACEN HOMBRES?, Matías Diego Díaz Aburto	76
LEYENDA DE DOÑA INÉS Y SUS CABRAS, Ignacio Andrés Palominos Cantillana	78

**REGIÓN DEL MAULE**

EL PARIENTE DEL HUESO, Valentina Constanza Martínez Jaque	80
LOS SANTITOS DEL MAR, Estefanía Alejandra Andrades Pérez	82
LOS NIÑOS Y LOS TREILES, Camila Jacqueline Orellana Garrido	85

**REGIÓN DEL BIOBÍO**

OTROLO, Bastián Alexander Arratia Garrido	18
EL VIAJE A TEMUCO, Matías Ignacio Alarcón Alarcón	87
LA LEYENDA DEL ROBLE, José Antonio San Martín Alvear	89
DÍAS DIFÍCILES, Alexis Hernán Garrido Mariguan	91

## REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

EL TERREMOTO DE 1960 EN PU BUDI, MI LUGAR, Tamar Acenat Malo Malo	93
LA PIEDRA EMBRUJADA, Josué Eduardo Adolfo Reydet Roldán	96
UNA ÉPOCA DE MUCHO FRÍO, Matías Nicolás Carreño Rodríguez	98
EL PUMA BUENO PA'L VINO, Rafael Martín Caniullan Milla	100
LOS MAPUCHES DE ANTES, Catalina Ximena Lincoñir Morales	20

## REGIÓN DE LOS RÍOS

EL AÑO DEL SOL, Matilde Paz Arriagada Leyton	102
EL CAMPESINO Y LA GALLINA, Andrés Alexis Mansilla Maldonado	104
EL CAMPESINO, Cristian Alexis Pinuer Neira	106

## REGIÓN DE LOS LAGOS

EL LEGADO DE UNA PARTERA, Catalina del Carmen Cárcamo Mena	14
EL ECLIPSE, Vicente Patricio Antriao Illanes	108
LA SIEMBRA DE PAPAS, César Ignacio Martínez Vargas	110

## REGIÓN DE AYSÉN

LA CARTA, Aelyn Michell Ruiz Muñoz	11
LOS CHOCHOS AMARILLOS, Beatriz Helena Arregui Contreras	112
UN PEQUEÑO PANAL DE CURIOSOS, Jasmin Elena Barrientos Yañez	114

## REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

LA SOMBRA DEL JINETE, Fabián Agustín André Rojas Rojas	117
MUJER DEL CAMPO, Adamari Constanza Belén Remolcoy Aguilante	120
EL HOMBRE DE LA LUZ, Nicole Francine Barrientos Leiva	122



## PRESENTACIÓN

Con gran alegría presentamos los cuentos ganadores en la categoría “Me lo contó mi abuelito” del concurso “Historias de nuestra tierra” del año 2015. Niñas y niños menores de 14 años de todo Chile nos hicieron llegar gran cantidad de trabajos que dan cuenta del talento y la creatividad en cada una de las regiones del país, especialmente en las zonas rurales.

Los 49 cuentos incluidos en la presente edición han sido editados respetando el estilo y la originalidad de los autores y autoras. Gracias a ellos descubriremos el origen del oasis de Pica y del roble y los digüenes, la amistad entre un león y un lagarto, que existen pumas buenos pal’vino y lo que le puede ocurrir a una “vieja copuchenta”. Podremos saber más acerca de los pueblos originarios: cómo vivían los mapuche de antes y por qué es importante la labor de un *yatiri*. Conoceremos tiempos de mucho calor y mucho frío en nuestro país y sobrecogedores relatos de terremotos y tsunamis. Como en años anteriores, no faltan las apariciones, como la Novia de Azapa, la carreta negra y el diablo en sus distintas formas.

Como Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro (Fucoa) del Ministerio de Agricultura, quisiéramos felicitar a cada uno de los niños y niñas que enviaron sus trabajos al concurso e invitarlos a participar en la convocatoria 2016. Gracias a sus relatos, conocemos todos los años algo más de las tradiciones, mitos, leyendas y personajes que habitan en el mundo rural chileno.

**Carlos Furche**  
Ministro de Agricultura

**Bárbara Gutiérrez**  
Vicepresidenta Ejecutiva  
Fucoa

## PALABRAS DEL JURADO A LOS ESCRITORES



La memoria oral es una fuente de conocimientos, identidades y lenguajes que permiten leer y comprender a las diversas comunidades que habitan un territorio. Felicito a todos(as) quienes cultivan la recopilación y escritura de estos saberes anidados en los relatos, especialmente a los(as) niños(as) que ven en ellos un caudal de expresión, de preservación, y al mismo tiempo de recreación de imaginarios culturales.

**Sonia Montecino**, escritora y antropóloga. Premio Altazor de Ensayo 2005 por "Mitos de Chile. Diccionario de seres, magias y encantos", Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales de Chile, 2013.



No hay expresión más pura que aquella que viene desde la mente y se plasma en un texto. En este acto solemne se levantan imaginarios, leyendas y sentimientos plenos. El rescatar a través de esta forma las tradiciones y memoria colectiva de un pueblo, resulta ser una acción noble desde todo punto de vista. Los textos entregados en este concurso parten de esa expresión pura en el acto individual de escribir y se entregan sin egoísmo a todos los que quieran compartir esos mundos mágicos recogidos con cariño.

A todos los que hacen posible este concurso y, en forma especial, a los escribientes les doy las gracias por hacer Patria de esta forma, un bien que traspasa las fronteras de lo inmediato.

**Paul Landon**, periodista y Magíster en Desarrollo Rural, creador y director del programa Tierra Adentro.



Cuando la tecnología invade todos los espacios, aun en la tierra árida del desierto, entre las profundas gargantas de las montañas, los húmedos suelos del sur que huelen y humean entre el viento, las voces de las y los abuelos acunan los oídos de nuestros escritores y escritoras a quienes felicito por la magia que me permitieron vivir y disfrutar.

**Ana María Araya González**, Profesora de Estado en Educación Básica y Media, Magíster en Psicopedagogía Universidad Católica de Lovaina. Representante del Ministerio de Educación.

 CONCURSO   
HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA  
*Me lo contó mi abuelito*



## PREMIOS NACIONALES

## LA CARTA

Aelyn Michell Ruiz Muñoz (13 años)  
Colegio Kalem  
Aysén

**Primer lugar nacional**  
**Primer lugar regional**

Hoy traté de enseñarle a leer a mi hermana menor, sin mucho éxito. En eso llegó mi abuela, quien se sentó a la mesa con su mate y nos comenzó a contar una historia.

Hace mucho tiempo, cuando Aysén aún estaba en pañales y la conectividad no se hacía efectiva, una mujer llegó a estos parajes con sueños de colonizar la Patagonia. Se trataba de una pequeña joven de 17 años que se llamaba Carmen; era delgada, de pelo largo, crespo, y tenía una cara alargada y blanca como la nieve. Le gustaba mucho ayudar a los demás colonos: caminaba a diario varios kilómetros para ver si alguno de sus vecinos necesitaba ayuda. Así fue como un día llegó a pie a ver a una abuelita llamada María, la cual hacía muy poco tiempo había perdido a su único hijo en un accidente en Argentina. Carmen golpeó la puerta de la casa de la abuela María, quien le abrió con los ojos llenos de lágrimas y la voz entrecortada. La hizo pasar a su casa.

—¡Qué bueno que viniste a verme, hijita! —le dijo la abuela.

—¿Aún sigue triste por su pérdida? —le preguntó Carmen.

—Creo que es más que tristeza. Tengo una sensación de no haberle podido entregar más cariño y lograr despedirme de él.

En eso, se levantó la abuela María y fue hacia su dormitorio. De vuelta trajo una caja en sus manos, se sentó detrás de la cocina y le mostró a Carmen lo que su hijo le había dejado: una carta.

—¿Es de su hijo? —le preguntó Carmen. La abuela María contestó:

—Sí. Mi hijo me escribió esta carta, que fue la última que recibí. Nunca le conté que no sabía leer ni escribir, puesto que me daba vergüenza reconocer que soy una ignorante.

—Abuela María, no se preocupe, yo le enseñaré a leer. Nos llevará tiempo, pero lo logrará.

De esta conversación pasaron varios meses. Carmen viajaba a diario muchos kilómetros a pie solo para que María pudiera lograr leer aquella carta. Un día la abuela volvió a buscar la caja donde tenía la carta. La sacó de allí y comenzó a deletrear, uniendo una a una las sílabas que decían:

*Mamá, sé que eres lo mejor que me ha pasado, nunca podré agradecerte todo lo que hiciste por mí en mi infancia. Nunca olvides que te llevo siempre en el corazón. Es muy probable que viaje pronto a Chile y solo iré a buscarte para que estemos siempre juntos.*

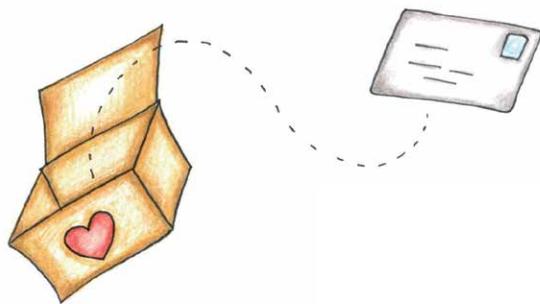
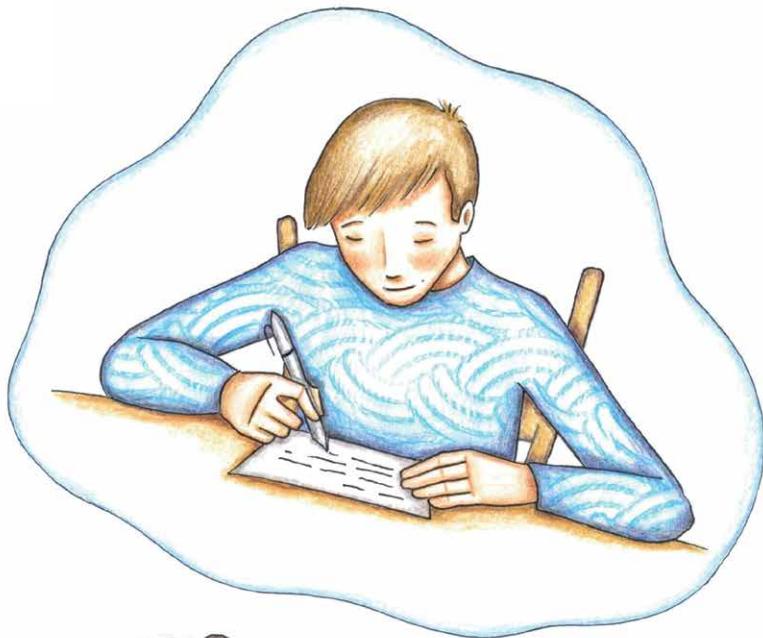
*Tu hijo que te ama,*

*Luis.*

Carmen abrazó a la abuela y lloraron juntas, porque ahora sabía lo que decía la carta. Carmen se sintió aliviada al darse cuenta que el hijo de María la quería mucho.

Al mes después la abuela María murió, entonces Carmen decidió dedicarse a enseñarle a la gente que, como María, necesitaba aprender a leer para poder superarse y darle sentido a sus vidas. Así lo hizo por generaciones; enseñando en los campos y zonas aisladas.

Hoy en día Carmen tiene más de noventa años y es una de las pioneras que ayudó a la educación de nuestra región, con paciencia, sabiduría y esfuerzo. Ella sabe que el aprender no se logra de un día para el otro y que enseñar es un camino con piedras y hoyos, los cuales se deben saber llevar.



## PREMIOS NACIONALES

## EL LEGADO DE UNA PARTERA

Catalina del Carmen Cárcamo Mena (13 años)

Escuela Rural Lliuco

Quemchi

**Segundo lugar nacional****Primer lugar regional**

En estas líneas intentaré plasmar parte de la historia de una comunidad, específicamente del mundo rural, en el sector de Pido, en la comuna de Quemchi. En este lugar se rescatan vivencias humanas que nacen a partir de costumbres, necesidades, formas de vida y rituales.

Cuenta mi abuelo, don Jorge Octavio Cárcamo Cárcamo, nacido y criado en este sector, parte de la historia de su madre, doña Bernarda Cárcamo Cárcamo, nacida el 8 de septiembre de 1923, en el mismo sector. Fue hija de madre soltera y creció en diferentes hogares de la comunidad, ya que su madre no pudo hacerse cargo de ella. A temprana edad comenzó a trabajar en lo mismo que la mayoría de las personas del sector, se dedicó al oficio de mariscadora. Lo que recolectaban, luego lo cocinaban y ahumaban. Después preparaban el viaje hacia la ciudad de Ancud, donde los mariscos podían ser vendidos. Pero nada de esto era sencillo; todo implicaba un gran sacrificio. Unos realizaban este viaje a pie y otros a caballo, por lo que tardaban entre tres a cuatro días en llegar a su destino y, como en esos tiempos no existían caminos, el traslado era mucho más extenuante.

Cuando ella realizaba estos viajes, caminaba generalmente hasta el sector de Llanco, distante a unos 25 kilómetros de su casa. Allí tenía algunas conocidas que le ofrecían alojamiento para poder continuar al otro día su trayecto hasta Ancud. Al regreso debía hacer lo mismo. De igual forma, ella hospedaba a otras personas que venían desde Aucho o Lliuco y que también debían ir avanzando poco a poco, hasta llegar a su destino y concretar la venta de diferentes productos, del mar o de la tierra.

Cuando fue creciendo, comenzó a formar su propia familia. Fue madre soltera de nueve hijos cuyos padres nunca reconocieron ni ayudaron, por lo que debió enfrentar su responsabilidad de una forma muy sacrificada, con muchas carencias afectivas, sociales y económicas.

La abuelita Bernarda no se rendía y día tras día se esforzaba por ganar el sustento necesario para mantener a sus hijos. Continuó con el trabajo como mariscadora y, más tarde, trabajó en el hogar de una de las familias más acomodadas del sector. Allí debía atender a diez niños, lo que la obligaba a dejar a sus propios hijos solos con tal de poder llevarles

alimento. En esta casa trabajaba desde las 8:00 de la mañana hasta las 22:00 horas y el pago que recibía por su trabajo eran papas, harina, azúcar y otros alimentos que no bastaban para alimentar a todos sus hijos. Fueron muchas las necesidades vividas. Era frecuente que pasaran hasta una semana sin poder comer otra cosa más que papas.

Su vivienda era un pequeño fogón, ya que en esa época no existían las estufas a leña. Los camarotes eran unas *payasás* de paja que se renovaban cada año, cuando se realizaba la trilla de trigo, avena o centeno. Se cubrían con *acolchados* rellenos con lana de oveja escarmenada y sus sabanillas eran tejidas en el *kelgo*<sup>1</sup>.

En aquellos años no había luz eléctrica, solo se alumbraban con velas o mecheros caseros fabricados a base de grasa de animal y una mecha. Los lavados de ropa también se realizaban a mano, para los que existían tinas de madera y fregaderos que se usaban para escobillar. Para poder acarrear el agua se debía caminar grandes distancias, hasta donde hubiera un pozo, una vertiente o un río. Para cocinar existían las ollas de pata y para hacer el pan se ponían las tortillas en la arena caliente, hasta que estuvieran completamente cocidas.

La abuelita Bernarda cumplió un rol muy importante dentro de su comunidad y en los sectores aledaños, ya que dedicó gran parte de su vida al oficio de partera, que hoy en día es la función que realizan las matronas. Es decir, ella era quien ayudaba a las mujeres a dar a luz a sus hijos. Para esta importante

labor realizaba muchos sacrificios, ya que varias veces debía dejar a sus hijos solos, salir de noche o de amanecida, caminar grandes distancias y atravesar montes o huellas para llegar a las viviendas donde era requerida. A veces tardaba horas en llegar a su destino pero, pese al cansancio, entregaba toda su energía y sabiduría para ayudar en los partos. Muchas veces no se contaba con las condiciones mínimas: no siempre había una cama. Se usaban sábanas o trapos limpios, agua tibia y un lavatorio. Todo esto se preparaba, la mayoría de las veces, en cocinas a fogón.

A pesar de todas estas dificultades en las atenciones de partos, nunca falleció un bebé ni su madre. Con el tiempo, su historia poco a poco fue cambiando, ya que una de sus hijas mayores se fue a trabajar a la ciudad de Santiago y lograba ayudarla con dinero y alimentos.

A medida que pasaba el tiempo, la mujer se quedó viviendo con el menor de sus hijos, quien es el que narra toda esta historia de vida. Él comenzó a trabajar a los 11 años, dejando de lado sus juegos de niño y sus responsabilidades de escuela para ayudar y dedicarse a su madre y retribuirle de alguna forma todo lo que ella había sacrificado para darle el sustento a él y a sus hermanas.

Las oportunidades se fueron dando paulatinamente. Al sector llegó una empresa encargada de construir el puente Metrenquén, lo que abrió nuevas posibilidades de trabajo; ella pudo trabajar preparando la alimentación para los jornaleros y su

---

<sup>1</sup> *Kelgo*: Telar (nota de la autora).

hijo ingresó a trabajar en las obras de este nuevo proyecto. Por primera vez recibían un pago justo por su trabajo y a partir de ahí, con perseverancia y sacrificio, lograron salir adelante e ir cambiando la historia.

Para arreglar su campo también realizaron grandes esfuerzos, ya que antes de poder tener acceso a un arado o cultivadora, todo trabajo se realizaba a puño, con hacha y azadón. Era habitual en esta familia, como en muchas de la comunidad, realizar *carneos* de chanco, con los que se realizaba un *reitimio* en la olla de patas para extraer la manteca y los chicharrones. En estas ocasiones también se cocinaban roscas, sopaipillas y prietas para compartir con la familia. También se preparaba un *yoco*, que consistía en repartir entre algunos vecinos o familiares carne acompañada por el resto de preparaciones. Cuando la persona que recibía

este paquete faenaba sus cerdos, debía devolver el *yoco*. Era una forma de tener una reserva que llegaba inesperadamente.

Doña Bernarda logró vivir una vejez tranquila y digna acompañada de su hijo, nuera, nietos y bisnietas, luego de haber luchado arduamente durante toda su vida. Siempre fue una persona noble y de sentimientos buenos, generosa con todo el mundo; jamás le negó hospitalidad ni ayuda a nadie, a pesar de su humildad.

Sin duda este es un gran testimonio de vida capaz de enorgullecer a sus descendientes y a todos quienes la conocieron. No solo por su esfuerzo y por sus vivencias de sufrimiento y adversidad, sino también por su ejemplo de gratitud, porque no perdió la fe y por su gran amor hacia su comunidad.



## PREMIOS NACIONALES

## OTROLO

Bastián Alexander Arratia Garrido (8 años)  
Escuela Ralco Lepoy G-1181  
Alto Biobío

**Tercer lugar nacional**  
**Primer lugar regional**

Años atrás, cuando las familias pewenches que habitaban en las riberas del Biobío subían a las veranadas para engordar sus animales y recolectar leña y piñones, surgió una de las tantas historias de nuestra comunidad, la cual fue transmitida de generación en generación por los ancianos al calor del fogón.

Cuentan los *kimches*<sup>1</sup> que, en aquellos días de calor, unas hermanas pewenches, entre juegos y la recolección de piñones, observaron en las montañas y los enormes bosques de pewén una laguna de aguas turquesas, la que se encuentra a los pies de la nieve eterna del volcán Copahue. Las niñas vieron una de sus islillas desde un monte cercano. La isla, que estaba en medio de la laguna se había movido de un lugar a otro en un abrir y cerrar de ojos. Fue así que decidieron bajar hasta la orilla de la laguna para comprobar lo visto.

Durante uno de los movimientos de la isla hacia la orilla, una de las hermanas se adentró con una canasta en sus pequeñas manos para recolectar huevos de patos correntinos y butardos, los cuales

hacían nidos para cuidar sus pichones en ese lugar. Cuando la más pequeña de las hermanas fue en busca de los huevos, la isla tomó un movimiento hacia el centro de la laguna, llevándose a su hermana sola e inmóvil en la orilla. La *pichilamngnen*<sup>2</sup> que se quedó en la laguna, corrió desesperada a buscar a sus padres, porque no pudo hacer nada para rescatar a su hermana de ese lugar.

Después de tres días la isla se aproximó y quedó al alcance de los padres, los que nadaron y se acercaron a ella moviendo sus brazos con energía, amargados por la desaparición de su hija. Encontraron a la niña sentada en una roca peinando sus cabellos con brillante *trilanwe milla*<sup>3</sup>. Ella se encontraba hechizada por un *ngen*<sup>4</sup> protector de las aguas de la laguna, el cual había tomado posesión de su cuerpo y su espíritu, conquistando por siempre su corazón. La niña siguió peinando sus negros cabellos; con sus ojitos iluminados sonrió mirando a sus padres por última vez, mientras su cuerpo era arrastrado y sumergido por una fuerza sobrenatural a la profundidad de la laguna.

1 *Kimches*: Sabios (nota del editor).

2 *Pichilamngnen*: Hermana pequeña (nota del editor).

3 *Trilanwe milla*: Peine de oro (nota del editor).

4 *Ngen*: Espíritu (nota del editor).



## PREMIOS NACIONALES

## LOS MAPUCHES DE ANTES

Catalina Ximena Lincoñir Morales (10 años)  
Rayen Paine N° 73  
Padre Las Casas

## Premio especial Pueblos Originarios

Antiguamente la familia mapuche era muy pobre; el hombre no tenía oportunidad de trabajar en la ciudad y las mujeres solo se dedicaban a las labores de la casa y cuidaban a sus hijos. El hombre se dedicaba a trabajar en su tierra y vivían en *rukas*; no había asientos en las casas, por lo que los niños se sentaban en *trilkes*<sup>1</sup> en el suelo. La alimentación de la familia era escasa: los niños muchas veces pasaban hambre, mientras los hombres se escabullían de sus responsabilidades, se dedicaban a tomar alcohol y no traían alimentos para sus *pichikeche*<sup>2</sup>. Cada familia era muy numerosa y casi no sabía cómo alimentar a tantos hijos.

Cuenta mi abuelita que algunas veces la mamá se ponía a llorar porque le faltaban alimentos. Como en todas partes, había familias muy pobres y otras que tenían más recursos. La gente rica tenía animales como caballos, chanchos, pollos y vacas y tenía alimentos de sobra para darle a sus hijos. Sin embargo, esa gente era mezquina con sus vecinos. Las dueñas de casa, desesperadas por tanta necesidad, se atrevían a pedir alimentos para sus familias, pero ellos se negaban a dárselos. Una mamá estaba tan afligida que le habló en mapudungun a su perro. Los perros mapuches son bilingües, porque entienden todo lo que se les dice,

sea en castellano o en mapudungun. Mis abuelitos a veces pareciera que conversan en mapudungun hasta con sus perros.

Entonces un día, esa mamá le habló casi llorando a su perro y le dijo:

—Mis hijos están pasando hambre. En esa casa tienen comida en abundancia; cómo quisiera que me trajeras un poquito de harina tostada, un poco de harina cruda.

El perro entendió la orden y se dirigió hasta la casa vecina y trajo un *trongtrong*<sup>3</sup> lleno de harina cruda y se lo pasó a su ama. Aquella tarde la familia estuvo feliz porque la mamá preparó ricas *yiwñ kofke*<sup>4</sup>. El perro parecía estar consciente de las necesidades de la familia. Un día llegó con charqui, otro día llegó con chicharrones. Con esos productos la mamá preparaba ricas sopas y los niños pudieron crecer y alimentarse.

Cuando los niños tenían como once años, tuvieron su primer trabajo cuidando los chanchos de los vecinos. Como paga recibían comida que servía para toda la familia. Así, pudieron salir adelante y el hambre fue solo un triste recuerdo.

1 *Trilkes*: Cueros (nota de la autora).

2 *Pichikeche*: Niños (nota de la autora).

3 *Trongtrong*: Contenedor de ubre de vaca (nota de la autora).

4 *Yiwñ kofke*: Sopaipillas (nota de la autora).



## REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

## LOS MARCHANTES DE GUAÑACAGUA

Daniela Andrea Leppe Nina (12 años)

Escuela E-15 Ricardo Silva Arriagada

Arica

**Primer lugar regional**

Soy Juliana, pero me dicen Juli. Tengo 12 años... bueno, los acabo de cumplir. Esta es la parte donde yo les debería contar una historia, pero primero vamos por el comienzo.

Estaba con mi madre, que estaba haciendo el aseo. Le fui a ayudar, pero había un silencio incómodo, así que decidí preguntarle:

—Mamá, ¿por qué no vamos a la casa de mi abuelito?

—Mmm... No es mala idea, pero primero terminaré de barrer y vamos —me dijo. Cuando terminó, nos fuimos a la casa de mi abuelito.

Al llegar, vi a mi abuelito casi dormido.

—Abuelito, ¿está despierto? —le dije, interrumpiéndolo en su descanso.

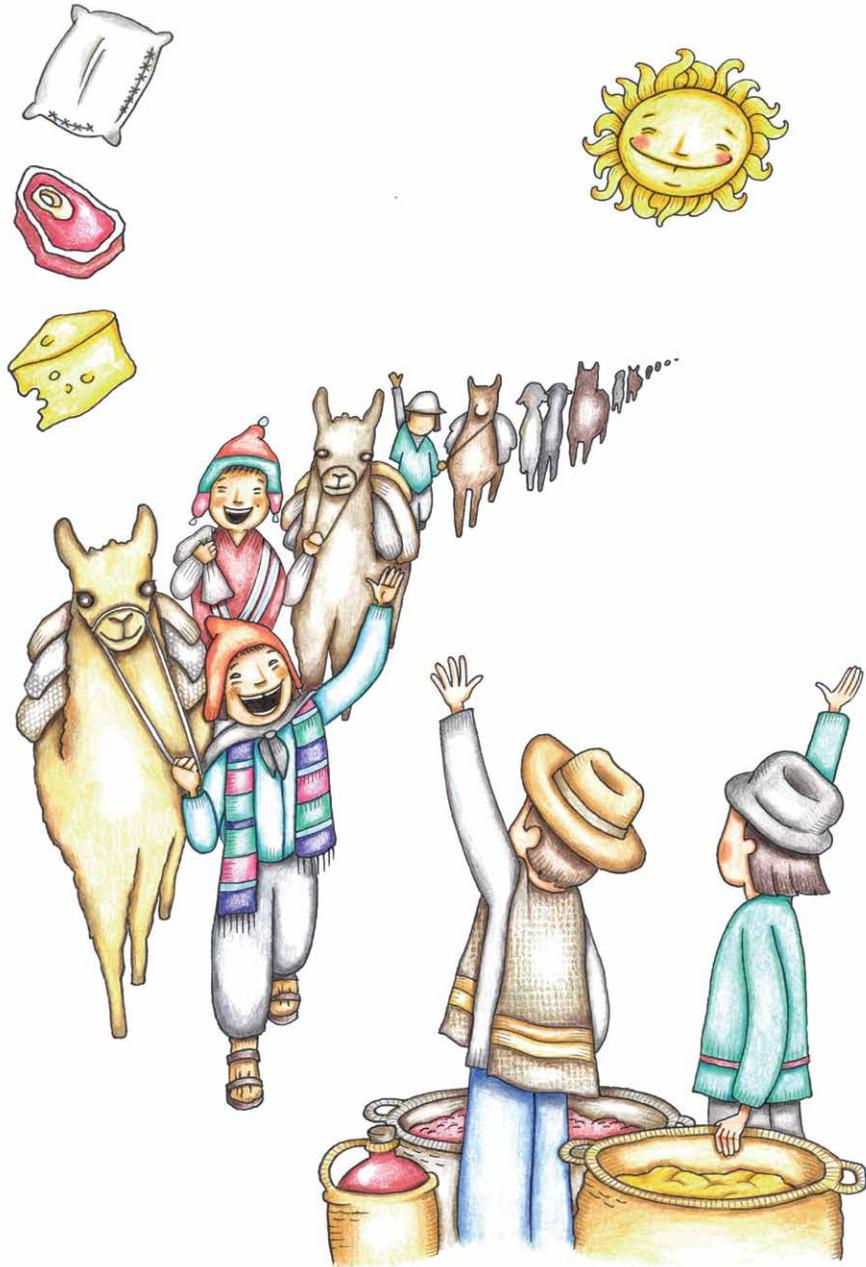
—Hola, Juli. ¿Cómo estás? Y sí... estoy despierto —dijo mi abuelito, un poco cansado.

—Estoy bien. Mi mamá está conversando con mi tía —le dije—. Abuelito, ¿me cuentas una historia? Para que se te quite el sueño.

«Está bien, aunque de todos modos no tenía tanto sueño —dijo mi abuelito—. Hace tiempo atrás, Guañacagua era un pueblo donde la gente producía fruta como el membrillo, la uva y el vino *pintatani*, que se hace de esta. Para poder comer, secábamos nuestra fruta y esperábamos que llegaran los marchantes que venían desde Bolivia. Así, les cambiábamos la fruta seca que nosotros teníamos por el arroz, el azúcar, el queso y la carne que ellos nos traían. Todos esos productos venían en llamos, eran como 40 o 50. Cuando no venían los marchantes estábamos obligados a llevar nuestra fruta seca hacia Arica en mulares, para venderla o intercambiarla por mercadería que llevábamos de vuelta a nuestro pueblo de Guañacagua.

»Ahora, con la tecnología, llegó el vehículo a todos los pueblos y también a nuestro Guañacagua. Con la llegada de estos vehículos, ya nunca más bajaron los marchantes a intercambiar sus productos por nuestras frutas secas. Así se fue alejando toda la gente de mi pueblo hacia la ciudad, a buscar nuevas expectativas de trabajo».

Cuando contó esta historia mi abuelito, me puse triste porque yo también me iré a la ciudad a estudiar para ser una profesional. Pero nunca olvidaré mi pueblo de Guañacagua ni esta historia que me contó mi abuelito.



## REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

## LA BANDA DIABLA

Pablo Antonio Yanye Chambe (10 años)

Escuela Valle de Chitita

Camarones

**Segundo lugar regional**

Había una vez una señora que vivía sola en un pueblo llamado Palca. Vivía entremedio de una quebrada y tenía una pequeña chacra. Una vez, cuando era de noche, miró hacia el cerro y escuchó una banda con el sonido característico del bombo y las zampoñas. A ella le extrañó mucho, porque no era mes de fiesta. Se escondió en su casa y al rato golpearon muy fuerte la puerta.

—¿Quién es? —preguntó la señora.

—¡Soy tu hijo Héctor! —le respondieron de afuera. Ella abrió la puerta y vio a una persona con ropa negra, con un ancho sombrero y con los ojos rojos como velas ardientes. Asustada, cerró la puerta rápidamente. No era su hijo. Puso el seguro y trancó la puerta. Temblando de miedo, se puso a rezar y, de tanto hacerlo, se quedó dormida.

En la madrugada golpearon nuevamente la puerta. La señora despertó extrañada y asustada.

—¿Quién es? —preguntó.

—¡Soy yo, Héctor, tu hijo!

Ella ya no quería abrir la puerta. Pero el hijo volvió a decir:

—¡Abre, mamá! ¡Soy tu hijo!

—¡Ándate de acá, maldito demonio, en el nombre de Dios!

—¡Mamá, ábreme, tengo frío! ¡Está amaneciendo!

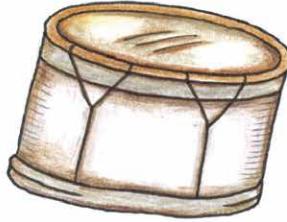
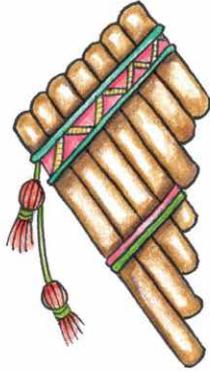
La mamá corrió la cortina y vio por la ventana los primeros rayos del sol. Allí se dio cuenta de que era su hijo de verdad y le abrió la puerta. El hijo le preguntó:

—¿Qué pasó? ¿Por qué no querías abrir la puerta? ¿Por qué me dijiste “maldito”, en el nombre de Dios? ¿Qué pasó madre?

—Es que pensé que eras el diablo, porque me apareció la banda diabla anoche y el diablo quería entrar a la casa a matarme —dijo la mamá, llorando. El hijo le contestó:

—Cálmate. ¡Ya estoy aquí contigo, madre! Eso pasó porque no realizaste la ceremonia de la *pawa* en la casa cuando la construiste. Por eso fue que se te apareció la banda diabla. ¡Vamos a buscar un *yatiri* para bendecir la casa!

Así encontraron al *yatiri* llamado José y recolectaron los elementos para hacer la *pawa*. Todo volvió a la normalidad.



## REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

## LA NOVIA DE AZAPA

Cristina Alejandra Ortega Véliz (13 años)

Escuela E-15 Ricardo Silva Arriagada

Arica

## Tercer lugar regional

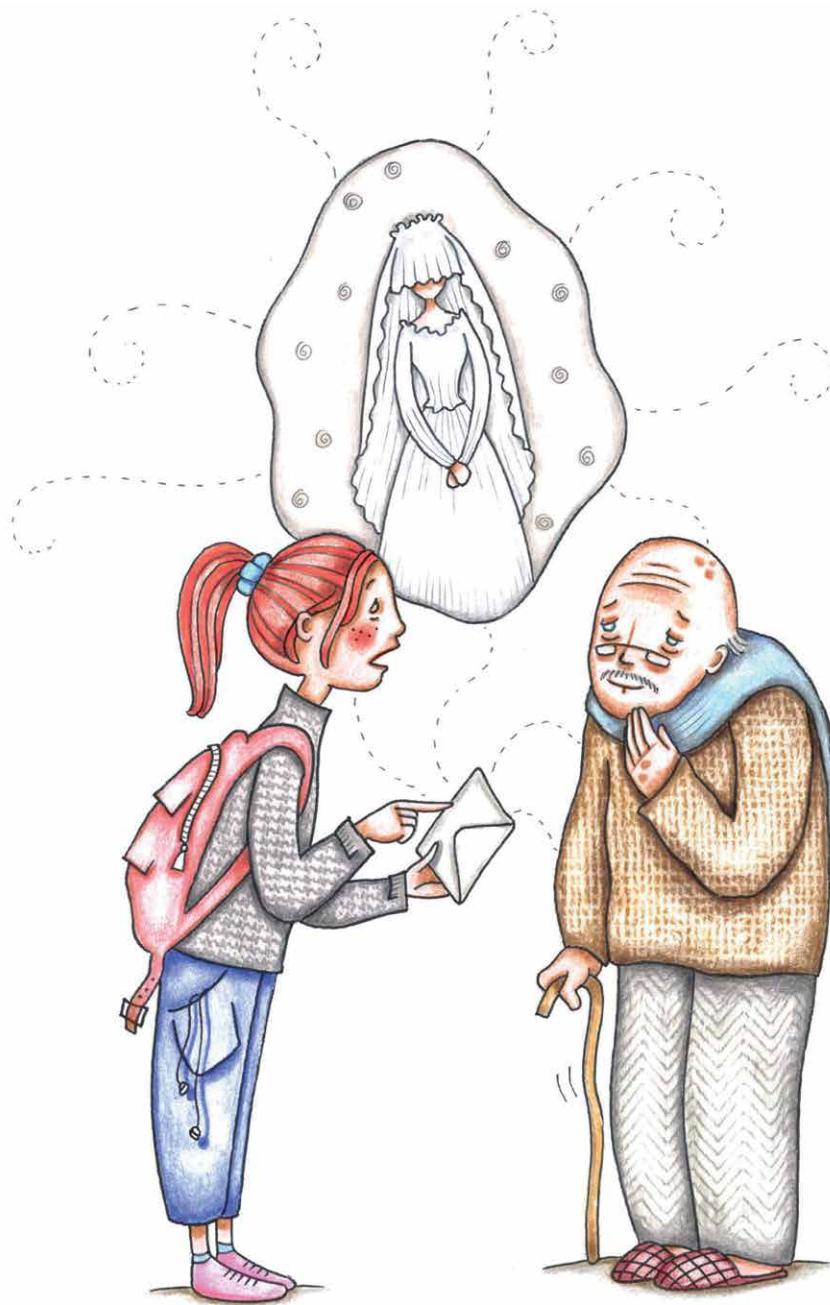
Un día iba por la carretera del valle de Azapa a la casa de mi abuelita. Era una noche oscura y fría, apenas se notaba la luz de la luna. Si no es por esos escasos postes de luz que se encuentran en los costados de la carretera, diría que no se puede transitar con normalidad en esa vía. Iba junto al chofer del taxi, escuchando con mis infaltables audífonos las últimas canciones de mi banda favorita. El trayecto de ida duraría apenas 25 minutos y me lo sabía de memoria. De repente mi música se empezó a escuchar mal. Cada vez se escuchaba con más ruido y oí que alguien decía mi nombre. Sin darle importancia, empecé a revisar mis audífonos y mi *iPad mini*, que hacía poco me lo había regalado mi mamá por mi cumpleaños número 15. Pasó un rato y se arregló solo, lo cual me pareció muy extraño, porque desde que lo tenía no me había fallado nunca.

Ya estaba acercándome al kilómetro 11 por el camino Alto Ramírez y sabía que muy pronto iba a llegar a la casa de mi querida abuelita, pero en un instante el chofer apretó el freno del taxi y gracias a mi cinturón de seguridad no me pasó nada, solo quedé asustada. Miré al chofer y vi que estaba asustado también.

Miraba fijamente por el parabrisas. Entonces giré mi mirada hacia donde él estaba mirando y vi a una mujer vestida de blanco con el rostro cubierto con un velo. El chofer salió corriendo y me dejó sola con la mujer frente al auto. Yo sabía que tenía que huir, pero me llené de valentía y comencé a bajarme del auto y a caminar poco a poco hacia la mujer. Me acerqué a ella pensando que nunca más volvería a ver a mi familia y que ese día iba a ser el último de mis días. La mujer estaba quieta y apenas se veía debido a la oscuridad que había. Cuando estuve casi frente a ella y a punto de hablarle, se me adelantó y con una voz tenebrosa me dijo:

—Hola.

Yo sabía que era la Novia de Azapa, porque mi abuelita me lo había contado cuando era más niña. Aquella novia se les aparece a los hombres que van en auto por la carretera en el kilómetro 11. Busca a su novio, con el cual se iba a casar. De hecho, existe una animita con el nombre de ella justo en el lugar en que falleció producto de un accidente automovilístico que sufrió, el día de su matrimonio.



Me pareció extraño que a mí se me hubiera aparecido ese día. Con la voz un poco temblorosa le contesté el saludo y me empezó a decir que necesitaba que yo la ayudara, ya que hacía mucho tiempo que estaba esperando a una persona y me dijo que no le tuviera miedo. Me pidió un favor para poder descansar en paz y dejar de asustar, sin intención, a los hombres al tratar de poder comunicarse con ellos cada noche por la carretera. Después que me contó lo que quería hacer me dio un poco de pena por ella, por su situación, y decidí ayudarla.

Me devolví al auto rápidamente y saqué de mi mochila un cuaderno con un lápiz y comencé a escribir lo que me decía. Una vez terminada la carta, que iba dirigida a su ex novio, que en el día de hoy ya es un anciano, llamé por teléfono a mi abuelita para que me viniera a buscar. Me había estado llamando muy preocupada por el retraso. La novia se despidió de mí y no logré verle el rostro. Me dijo que por favor le entregara la carta a su ex novio. Y eso fue lo que hice después.

Al día siguiente, luego de contarle lo sucedido a mi abuela, busqué por internet la dirección del

caballero y me dirigí a su casa, acompañada por mi abuelita. Toqué la puerta y salió un joven. Le expliqué el asunto por el cual estaba allí y me dejó pasar a su casa. Llamó a su abuelo y le entregué la carta que había escrito el día anterior. Él la leyó y se le formó una pequeña sonrisa en su boca. Me contó que el día del accidente él había quedado destrozado, porque ella era el amor de su vida y nunca la pudo olvidar. Cada año, en la misma fecha del día del matrimonio, sueña con ella y con el accidente. Yo casi me puse a llorar por todo lo que me contaba, pero recordé que le había entregado la carta que ella misma me había dictado y en la cual ella expresaba todo lo que por años había guardado.

Desde ese día en que le entregué la carta al anciano, él vive tranquilo y ya no la recuerda con tristeza, sino con alegría. Espera con ansias el día en el cual pueda volver a estar con ella. La temida novia ya no se les aparece a los hombres que transitan por la carretera del valle de Azapa, porque ahora descansa en paz y con la plena confianza de que por fin pudo contestar todas esas preguntas que el anciano tanto anhelaba que fueran respondidas.

## REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

## EL MISTERIO DE LAS MOMIAS CHINCHORRO

Benjamín Ignacio Arancibia Fabio (11 años)  
Escuela E-15 Ricardo Silva Arriagada  
Arica

**Mención honrosa**

Hace mucho tiempo unas personas habitaban las playas de Arica. Eran los chinchorros. Ellos se alimentaban de pescados que cazaban en la playa y de lobos marinos. Lo que nadie sabe es cómo los preparaban; algunos dicen que hacían fogatas, pero si hubieran hecho fogatas, habrían dejado los rastros. Otros dicen que se los comían crudos. Aquí comienza mi aventura en busca del misterio de las momias chinchorro.

Fui a la playa Chinchorro como primer destino para mi investigación. Después de mucha búsqueda, encontré solo un collar chinchorro.

Mi siguiente destino fue la Caleta Camarones. Allí encontré una prueba: un esqueleto de pescado. En ese momento pensé que podría ser mi oportunidad para descubrir este inquietante misterio. Mandé el esqueleto a un laboratorio, con el fin de descubrir las causas de la muerte del animal, pensando que me dirían cómo se comían los pescados los chinchorros. Meses después llegaron los resultados y no fueron lo que yo esperaba; el pescado había muerto por causas naturales. Esa noche me costó mucho dormir sabiendo que mi investigación había sido un fracaso.

Cuando por fin pude dormir, soñé que era un chinchorro; que cazaba peces. Cuando me los iba a comer, sonó el despertador y no pude ver cómo los preparaba. Me dije que no me podía rendir, que tenía que descubrir este misterio. Salí corriendo a la playa a buscar más restos para poder resolverlo.

Llegué a la playa Chinchorro para buscar, pero era temporada de jaibas, así que no me atreví a entrar. De repente se fueron, ya que una ola gigante se las llevó al mar. Salí corriendo a la zona de evacuación antes de que me alcanzara la ola y me llevara al mar como a las jaibas. Por suerte me salvé, pero no se pudo decir lo mismo de la playa, ya que la ola se llevó unos puestos de vigilancia y destruyó los juegos. Caí en cuenta de que ahí no podría continuar mi investigación, así que me tuve que ir, decepcionado.

De paso por el centro, fui al museo en la subida del Morro para ver si decían algo del tema, pero nada. Así que bajé y pensé a dónde podría ir para continuar mi investigación. Pensé y pensé, más de lo normal, así que decidí ir al valle de Azapa para investigar sobre este inquietante misterio.

Cuando por fin llegué a Azapa, fui al museo para ver qué decían, pero no sabían nada de este tema. Sin embargo, me dijeron que podría investigar en el cementerio de momias que estaban desenterrando. Me ayudaron en mi investigación, aunque nadie pudo resolver el misterio. Pensé dónde podría seguir investigando, pero me acordé de lo que había pasado en la playa Chinchorro, así que decidí descansar un tiempo.

Después de meses descansando, volví a la playa para buscar más restos de momias y resolver el misterio. Para mi sorpresa, había muchas jaibas muertas y, como me daban miedo, me retiré. Fui al puerto de Arica para ver si encontraba algo importante, ya que los pueblos chinchorro habitaron toda la costa de Arica. Pero no encontré nada.

Después de descansar un tiempo más, pedí permiso a los carabineros para excavar en el sitio arqueológico de Morro 1. Me dejaron, así que fui allí a proseguir la investigación. Desenterré unas cuantas puntas de lanza que no me ayudaron en mi investigación.

También encontré una momia, pero como tampoco servía para mi investigación, la doné a un museo de momias chinchorro. Luego fui al lugar en donde se habían comenzado a desenterrar las momias, pero tampoco pudieron ayudarme.

Finalmente, fui a la playa Corazones a ver si encontraba algo. Me metí a una cueva que le pudo haber servido de refugio a los chinchorros, pero tampoco encontré nada, así que me fui a la playa La Lisera. Me metí al fondo a ver si encontraba algo, pero tampoco hallé absolutamente nada. Cuando ya daba la vuelta para salir, un pulpo me agarró el brazo y tuve que salir con él a la superficie.

Después de un largo rato intentando quitarme al pulpo, se me ocurrió volver al museo. Me dejaron sacar un pedazo de hueso para mandarlo al laboratorio y poder determinar cómo comían, pero durante la noche unas personas entraron al laboratorio y se robaron los resultados y el hueso. Al saber esto, me puse triste y supe que mi investigación había sido un fracaso.



## REGIÓN DE TARAPACÁ

## PICA, UNA FLOR EN LA ARENA

Arianne Katarí Neyén Garcés Tapia (9 años)

Escuela San Andrés de Pica

Pica

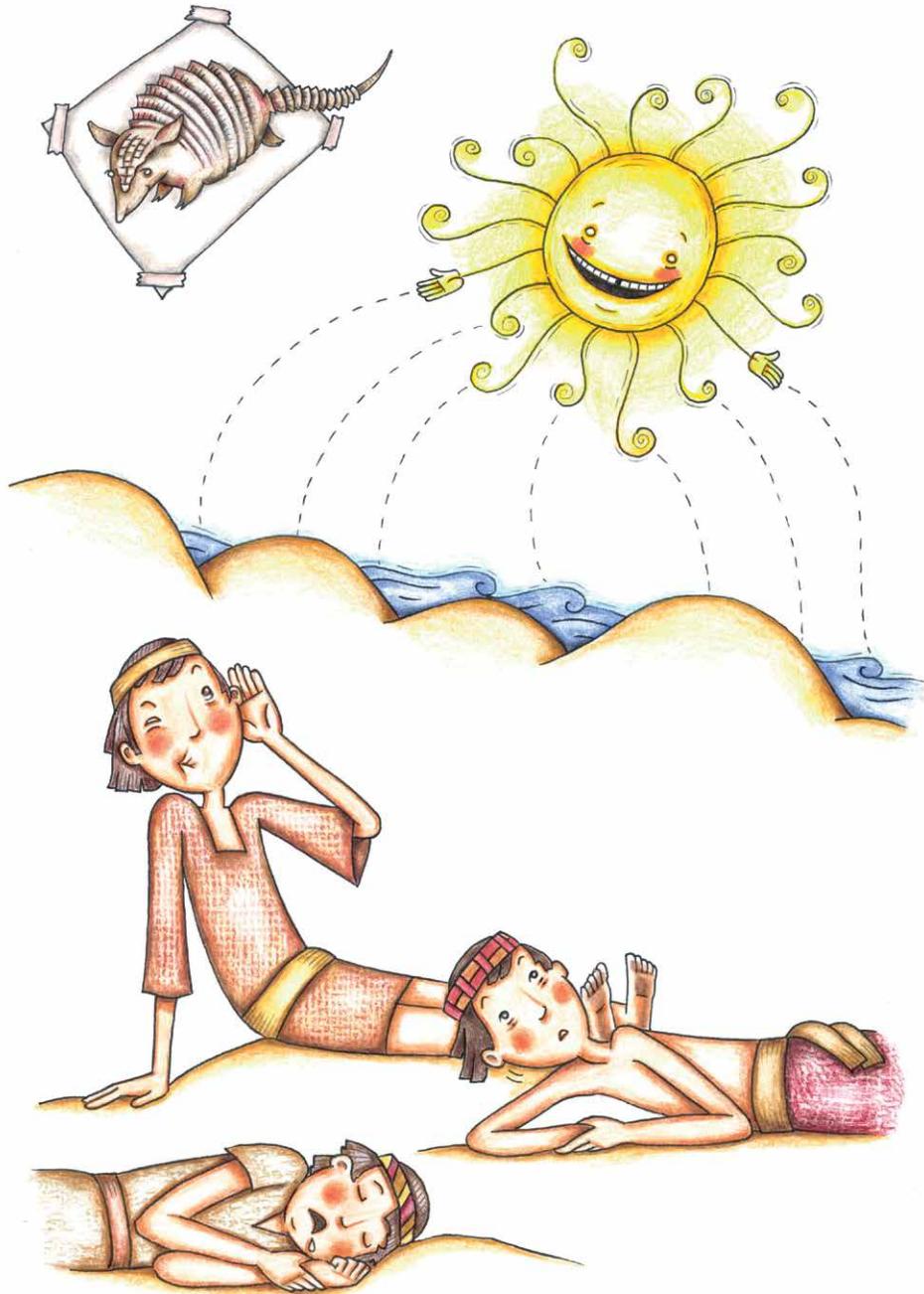
**Primer lugar regional**

Un día mi tatarabuelita Mamatina me quiso contar cómo había nacido Pica. En verdad, yo no sabía si sería cierto su relato, porque todos mis abuelitos me habían dicho cosas diferentes. Por ejemplo, mi *mabue* Lucía me había dicho que los aymaras bajaron desde la laguna del Huasco, porque allá hacía mucho frío. Mi tata Germán me había dicho que un jefe aymara tenía una hija que era tan linda, que todos estaban enamorados de ella; pero solo podría casarse con su hija el hombre que encontrara agua en el desierto. Y así pasó que un joven español se atrevió a cavar por todo el desierto, creando los socavones. Y ahora mi tatarabuelita Mamatina me quería contar otra historia, así que me acomodé a su lado y la escuché.

«Hija, hace mucho tiempo atrás, dos tribus aymaras, los *Wila Suri* y los *Janq'u Michi*, que vivían en la laguna del Huasco, se odiaban tanto que ya no aguantaban vivir cerca. Así es que un día decidieron hacer una competencia. Los que ganaran se quedarían en la laguna y los que perdieran tendrían que irse tan lejos, donde nadie los pudiera alcanzar. Las tribus estaban nerviosas por la competencia; todos querían ganar, nadie se quería ir. El duelo consistía en que los que atraparan la mayor cantidad de quirquinchos hasta el mediodía, ganarían.

»Había llegado el gran día. Por primera vez, todos juntos hicieron una *pawa* para pedir a la Pachamama que bendijera la competencia para no pelear más. Comenzado el duelo, nadie quería mirar, todos estaban nerviosos. Toda la mañana rogaron por ganar, hasta que al mediodía se supo cuál había sido la tribu ganadora: los *Wila Suri* habían atrapado 50 quirquinchos, mientras que los *Janq'u Michi* habían perdido solo por 3 quirquinchos. Los *Janq'u Michi*, muy tristes, aceptaron su derrota y se prepararon para partir por rumbo desconocido.

»Al día siguiente, antes que saliera el sol, partieron de la laguna del Huasco y caminaron, caminaron... caminaron y caminaron hasta que se cansaron. Nadie podía más y nadie quería seguir caminando, porque estaban en medio del desierto, con muy poca agua. Tres jóvenes, Jaririnku, Lari y Kisimiri se ofrecieron a buscar agua, porque estaban seguros de que la lluvia de las alturas bajaba por algún sitio. A lo lejos se veía que el cerro se quebraba, así es que caminaron, caminaron y caminaron en esa dirección hasta que llegaron. Pero ¡no había agua! Derrotados y cansados, pidieron a Dios y a la Pachamama que no los abandonaran y, llorando, se quedaron dormidos. Mientras dormían escucharon un sonido muy raro, como una canción a lo lejos. Se levantaron asustados



y siguieron el sonido con mucho cuidado, hasta que de repente... ¡Qué alegría! ¡Era un riachuelo de agua! Este se iba haciendo más y más grande. Tomaron un poco de agua y se pusieron a pensar cómo podrían llevarla hasta donde estaba su tribu, con tremendo sol sobre sus cabezas.

»Entonces Lari dijo: “Llémosla por debajo de la tierra, de esa forma el Inti no nos vencerá”. Pero solo eran tres, así es que Jaririnku, lleno de energía, volvió a buscar a los hombres de su tribu y todos juntos comenzaron a cavar. Cavaron y cavaron un largo socavón hasta que escucharon voces sobre la tierra y supieron que habían llegado por fin a su destino. El agua brotó por debajo de la tierra. Todos estaban felices. Bailaron y tomaron agua hasta cansarse. Con el tiempo, crecieron árboles frutales desconocidos

para ellos. Así obtuvieron un fruto muy dulce y delicioso al que llamaron mango, una fruta crujiente y llena de semillas que llamaron guayaba, un fruto *q'illu* y ácido al que llamaron limón y una fruta *aruma* y dulce a la que llamaron naranja.

»La vida entonces fue diferente para ellos. El tata Inti bendijo su largo viaje. El agua se acumulaba por todos lados y así se formaron las cuatro cochas donde los *Janq'u Michi* se juntaban a bañarse y disfrutar. Así nació Pica, hija. Así nació esta flor en la arena».

Cuando mi Mamatina terminó de contarme la historia, me quedé dormida y soñé toda la noche que era una *Janq'u Michi* bañándome en la Cocha Cóncava. No sé si será cierto pero mi Mamatina me lo contó.

## REGIÓN DE TARAPACÁ

## MI ABUELITO EL YATIRI

Mariane Amanda Mamani García (12 años)  
Escuela Básica Oasis en el Desierto  
Pozo Almonte  
**Segundo lugar regional**

Hace años atrás, cuando fui a visitar a mi abuelito Pancho en el pueblo de Limaxiña, él nos contaba por las tardes sus vivencias como *yatiri*. Dado que yo en ese entonces era muy curiosa, le pregunté qué era ser *yatiri*. Fue entonces que me dijo que me sentara a un lado de la fogata para contarme la historia por la que pasó cuando se enfermó mi abuela Marcelina y él tuvo que cumplir la función de *yatiri*.

Mi abuelito me contó que hacía muchos años atrás, él y mi abuela salían a pastear llamos en la cordillera y que él siempre le decía a la abuelita que anduviera con cuidado, porque se podía asustar y se le podía *ir el ánimo*.

—¿Qué es que *se le vaya el ánimo*, abuelo? —le pregunté yo. Él respondió:

—Según la creencia aymara, hay lugares en donde uno tiene que andar con cuidado...

Interrumpí a mi abuelo, diciéndole que me siguiera contando la historia.

—Ah, verdad —dijo él—. Sigamos. Fue en esa tarde en la que pasteaban los llamos cuando de la nada

saltó una vizcacha delante de la abuela, asustándola mucho. Luego de eso, en las noches, tuvo pesadillas, no podía dormir. Al pasar los días la abuela se enfermó y nadie sabía lo que tenía. La llevamos a la ronda médica, que en esos tiempos iba una vez al mes, y no le encontraron nada. Entonces recurrí a ver la hoja de coca para averiguar lo que tenía.

—¿Cómo se hace eso? —pregunté yo.

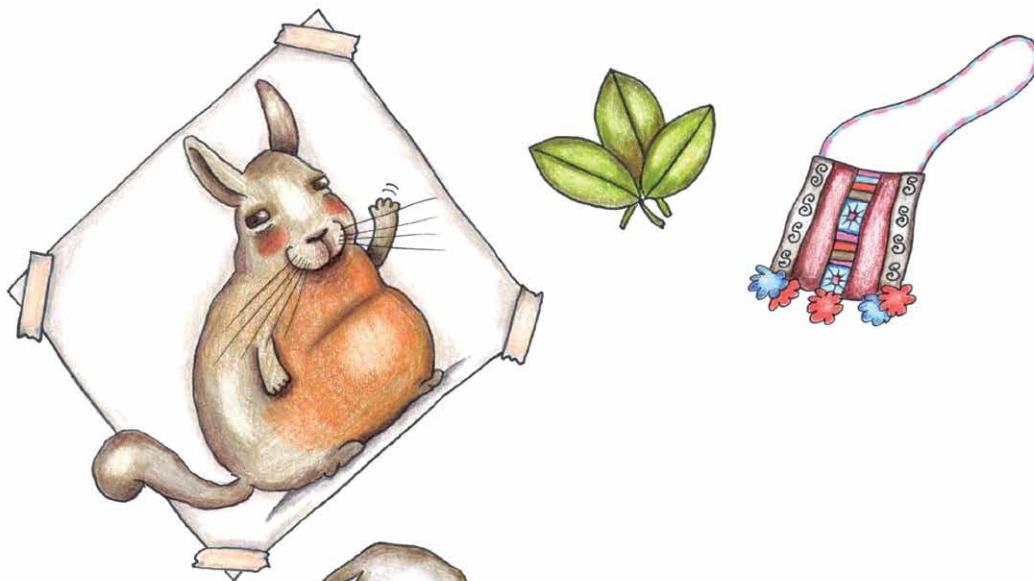
—Eché hojas de coca en mi *chuspa*<sup>1</sup>. Luego hice que tu abuela soplara dentro y después las saqué en la palma de mi mano. Lo que vi me asombró mucho: a tu abuela se le *había ido el ánimo*, es por eso que nadie le encontraba lo que tenía.

Fue así como mi abuelo Pancho había realizado la ceremonia del *llamado del ánimo* y, con los días, mi abuela se recuperó.

Hoy me queda una tristeza grande de que mi abuelo ya no esté para seguir contándome sus aventuras como *yatiri*.

---

1 *Chuspa*: Bolsa que usan los aymaras para guardar hojas de coca. Esta tradición tiene su origen en la época incaica (nota del editor).



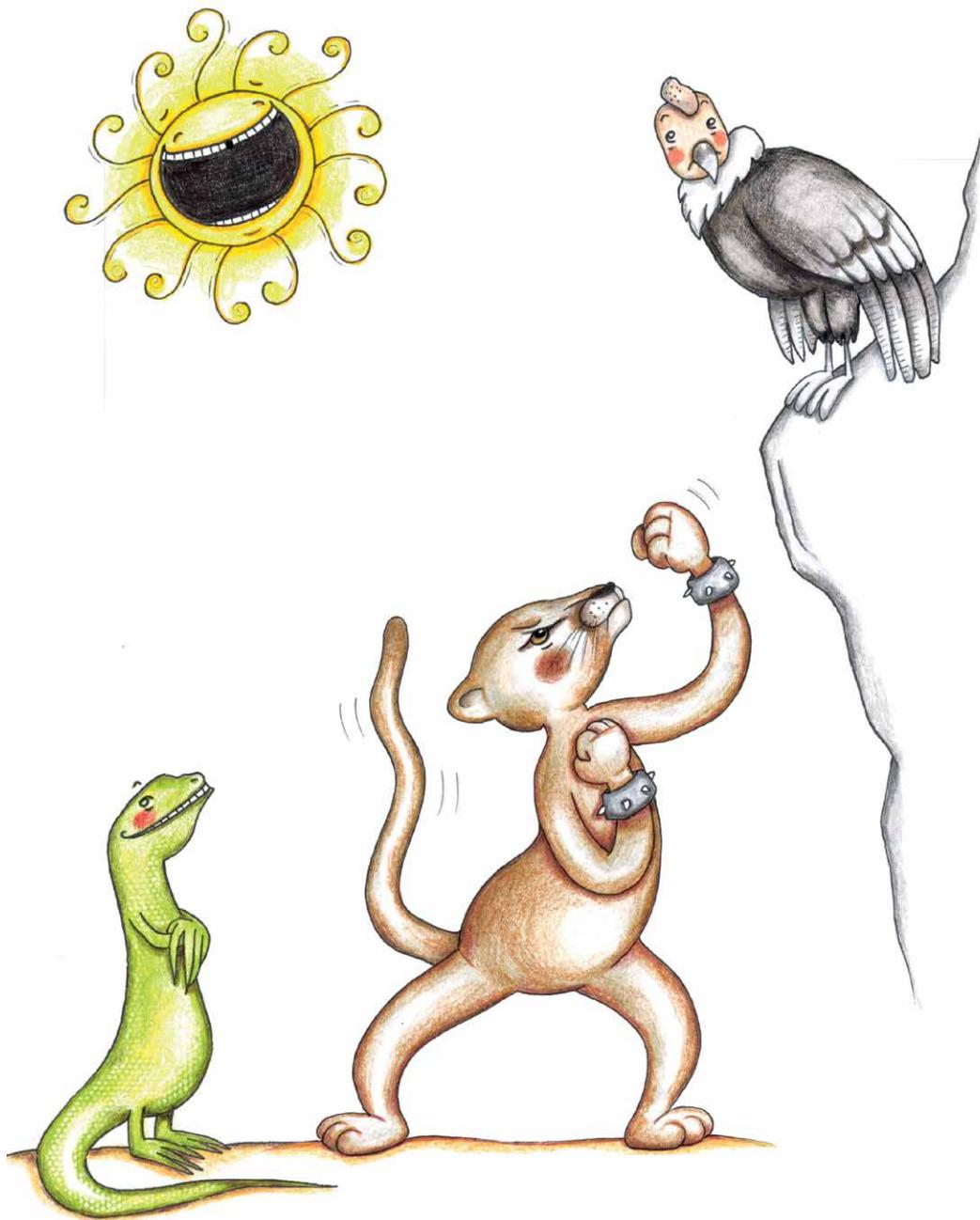
REGIÓN DE TARAPACÁ

## EL CÓNDOR Y EL LAGARTO

Pablo Josúe Aravire Marca (9 años)  
Escuela Básica Estrella del Sur  
Pozo Almonte

**Tercer lugar regional**

**H**abía una vez un lagarto comiendo muy concentrado. De repente vino un cóndor hambriento, vio al lagarto y lo quiso comer. Entonces el lagarto corrió lo más rápido que pudo y escapó. Después vino un león y se hicieron muy amigos, así que el cóndor ya no pudo atacar al lagarto.



## REGIÓN DE ANTOFAGASTA

## LA NIÑA QUE TENÍA UN PROBLEMA CON SUS DIENTES

Ariadna Daniela Lasnibat Alcota (9 años)  
The Antofagasta Baptist College  
Antofagasta

**Primer lugar regional**

Había una vez una niña que bailaba saya y se llamaba Kori. Bailaba muy bonito, pero todos se burlaban de su físico; era muy tierna, bailaba bonito y era linda, pero sus dientes no. Un día fue a la pampa. Allí se encontró con la Reina del Tamarugal, y esta le dijo:

—Hola, yo soy la Reina del Tamarugal y te doy una bendición del Norte...

—Mmmm, sí. Claro —respondió, dudosa, la niña.

—Bueno, qué te gustaría pedir —le preguntó la reina en un tono algo enojado.

—Está bien. Me gustaría tener dientes grandes y bonitos —le dijo la niña, no muy segura de que la reina cumpliera su palabra. Sin embargo, pasó lo inimaginable.

—¡Deseo concedido! —dijo la reina.

Y... ¡paffff! La niña tuvo unos hermosos dientes, que resaltaban aún más su belleza. Luego fue el ensayo

de saya y todos la admiraron. Ella se sentía muy agradecida y feliz. Al empezar el ensayo, los niños la miraban y le coqueteaban, pero las niñas estaban muy celosas. Luego de eso fue a descansar. Se comió un pedazo de torta de chañar y se fue a dormir. Entonces empezó a ver una luz muy brillante. Sus padres se preocuparon mucho.

Esa luz ocurría por sus dientes. La reina había olvidado algo: el hechizo se iba a romper a las pocas horas. Al día siguiente, Kori se miró en el espejo; algo feo había pasado. Miró sus dientes y estaban como antes. Se dirigió a su ensayo de saya y todos se burlaron más que antes. Kori se puso muy triste, más que antes. Se sintió decepcionada. Luego del ensayo se fue muy apesadumbrada a su casa y no quiso comer. Al quedarse dormida, se volvió a ver la luz brillante saliendo de su boca. Era *Warayana*<sup>1</sup>. Se había compadecido de ella, por lo que cumplió su deseo.

Los dientes de Kori volvieron a ser grandes y bonitos. Nunca más la volvieron a molestar y fue muy feliz por siempre.

---

1 *Warayana*: La estrella que viene de lejos (nota de la autora).



## REGIÓN DE ANTOFAGASTA

# AYHAWIRE Y LA MARIPOSA

Alexis Paolo Alvarez Pizarro (9 años)  
The Antofagasta Baptist College  
Antofagasta

### Segundo lugar regional

Mi nombre es Ayawire, tengo nueve años y vivo a los pies de un gran volcán llamado Lásca. Quizás lo conocen. Es muy bello y enorme, y a veces le da por rugir fuerte. Hay que tenerle respeto, dice mi abuelo. Mi abuelo se llama Chuwi, que en aymara significa simpático, agradable. Así es mi abuelo; es el más viejo del pueblo. Él escogió mi nombre, Ayawire, que significa soldado. Me gusta, porque es así como me siento en estas tierras desiertas: como un soldado que cuida de sus llamas, alpacas y de nuestros cultivos y, sobre todo, de la naturaleza y de la Madre Tierra, porque ella nos regala el alimento cada día. “Debemos agradecer a la naturaleza”, dice mi abuelo, que es muy sabio. Sin ella no podríamos existir.

Acá en mi pueblo nos enseñan a aprovechar cada cosa que nos da la tierra. También a respetar al gran volcán que, como les decía, de repente rugie muy fuerte. Yo no le temo; sí lo respeto, y de vez en cuando voy y le converso para que no se sienta tan solo. Yo soy algo así como un pastor de esos que andan con ovejas, solo que por acá en vez de ovejas tenemos llamas y alpacas. Las saco a comer y a que caminen. Las llevo a pastar cerca del volcán para que así él vea que queremos a los animales, que los cuidamos. Ahí

aprovecho de conversarle un poquito y le pido que no ruja tanto, porque aunque mi abuelo dice que no pasa nada, a mí me da un poquito de miedo.

A veces pienso que el volcán hace eso solo para llamar la atención, porque debe sentirse solo. Cada vez somos menos los que vivimos por estos lugares. Muchos se han ido a la ciudad. Encuentran que este lugar es seco y frío, pero para mí es genial. Ellos no ven lo mismo que yo: un lugar lleno de misterios, donde se respira aire puro, donde las horas pasan lentamente y nada nos apura, un lugar donde puedo correr, brincar, pasear con mis animales y en donde mi abuelo se sienta a contarme largas historias.

Yo le creo a mi abuelo porque es alguien que ha vivido muchos años. Sabe todo de este lugar. Conoce cada rincón y yo quiero ser como él cuando grande: un viejo sabio, amante de su pueblo. Quiero contarles a mis nietos las historias que él me contó.

Como les decía, yo saco a pastar a mis llamitas cada mañana, pero antes tengo otros deberes, como estudiar. “Eso es importante”, dice mi abuelo. Lo que más me gusta es estudiar la historia y lengua de mi pueblo, eso quiero darlo a conocer al mundo; que

todos sepan dónde estamos ubicados, cuáles son nuestras costumbres y cómo amamos nuestra tierra. Después del estudio, pastoreo a veces por largo rato; otras, no tanto. Me gusta llevarlas por donde está el volcán. Pero mi abuelo me dice que debo ser cuidadoso con eso, porque me puedo perder. Dice que no debo confiarme solo. Él conoce estas tierras al revés y al derecho. Cuando llego a casa, ya casi al atardecer, me siento a su lado para que me cuente sus historias. Me encantan, porque de ellas aprendo.

Un día como cada mañana, después de mis estudios y de ayudar en casa a mamá, me fui a pastar con mis animalitos. Siempre pensaba en la recomendación de mi abuelo, pero esa vez fui un poco más osado y me acerqué mucho más al volcán. Quería verlo de cerca; cómo humeaba, la nieve en la cima. Reconozco que mi osadía me provocó un gran problema y susto, ya que descuidé a mis animales. Tanto caminé que me sentí agotado y me dije “una siestecita no me hará mal”. Pero pasaron varias horas. Desperté con el rugido enorme del volcán, que de seguro era para avisarme que mis animales se habían ido. Bajé como pude entre cactus y rocas y al llegar a los pies del grandote no había nada: las llamas y

alpacas habían desaparecido. Mi corazón parecía explotar. Cómo les explicaría a mis padres y abuelos mi descuido. Por más que buscaba, no las hallaba. Sentía una gran angustia. Esta vez el soldado había hecho mal las cosas.

Entonces recordé las historias que me contaba mi abuelo, esas que me decían que si amas a la Madre Tierra, a la naturaleza, y se lo has hecho sentir, ella te devolverá su amor. Fue entonces que les pedí a mi amigo volcán y a la Madre Tierra que me ayudaran, les dije que yo amaba a mis animalitos, que me guiaran. Fue entonces que de no sé dónde apareció una bella mariposa de colores muy vistosos. Se me acercó y revoloteó sobre mí, así como queriendo decir algo. Yo solo la seguí, no sé por qué, solo la seguí. Me guió hasta un monte que, desde donde yo estaba, no se veía. Detrás del monte estaban mis animales. Fui corriendo a abrazarlos. Después de un rato agradecí a mis amigos, porque estoy seguro que fueron ellos quienes enviaron a esta mensajera y que sin ella no los habría encontrado jamás.

Soy agradecido de donde vivo, de quién soy y de tener estos amigos que nadie más tiene.



## REGIÓN DE ANTOFAGASTA

## LA LLORONA DEL CARBONCILLO

Luciano Bastián González Pérez (14 años)

Liceo Técnico de Antofagasta

Mejillones

**Tercer lugar regional**

Todo comenzó en un lugar de arena y metal donde los hombres trabajaban hasta desmayarse. Cuentan que la mujer más bella del pueblo vivía cerca del ferrocarril y que caminaba por las vías hacia el pueblo, cantando “Mi lindo Mejillones” con ese hermoso vestido blanco que todos querían. Llegaba al pueblo, compraba sus cosas y se devolvía mirando el tren que llegaba al ferrocarril. Cuando llegaba a su casa, por la ventana seguía observando el tren.

Un día vio que se bajó de aquel tren un hombre alto, de pelo castaño. Ella, flechada, creyó que había sido amor a primera vista. Él la miró, sonrió y se fue.

Al siguiente día ella hizo la misma rutina, solo que más rápido, para poder hablarle a aquel hombre que la había enamorado y, como el día anterior, él se bajó a la misma hora.

—Hola, buenas tardes —dijo ella, acercándose. Él respondió con una sonrisa y un beso en su mano.

—¿Cuál es su nombre, señorita? —preguntó.

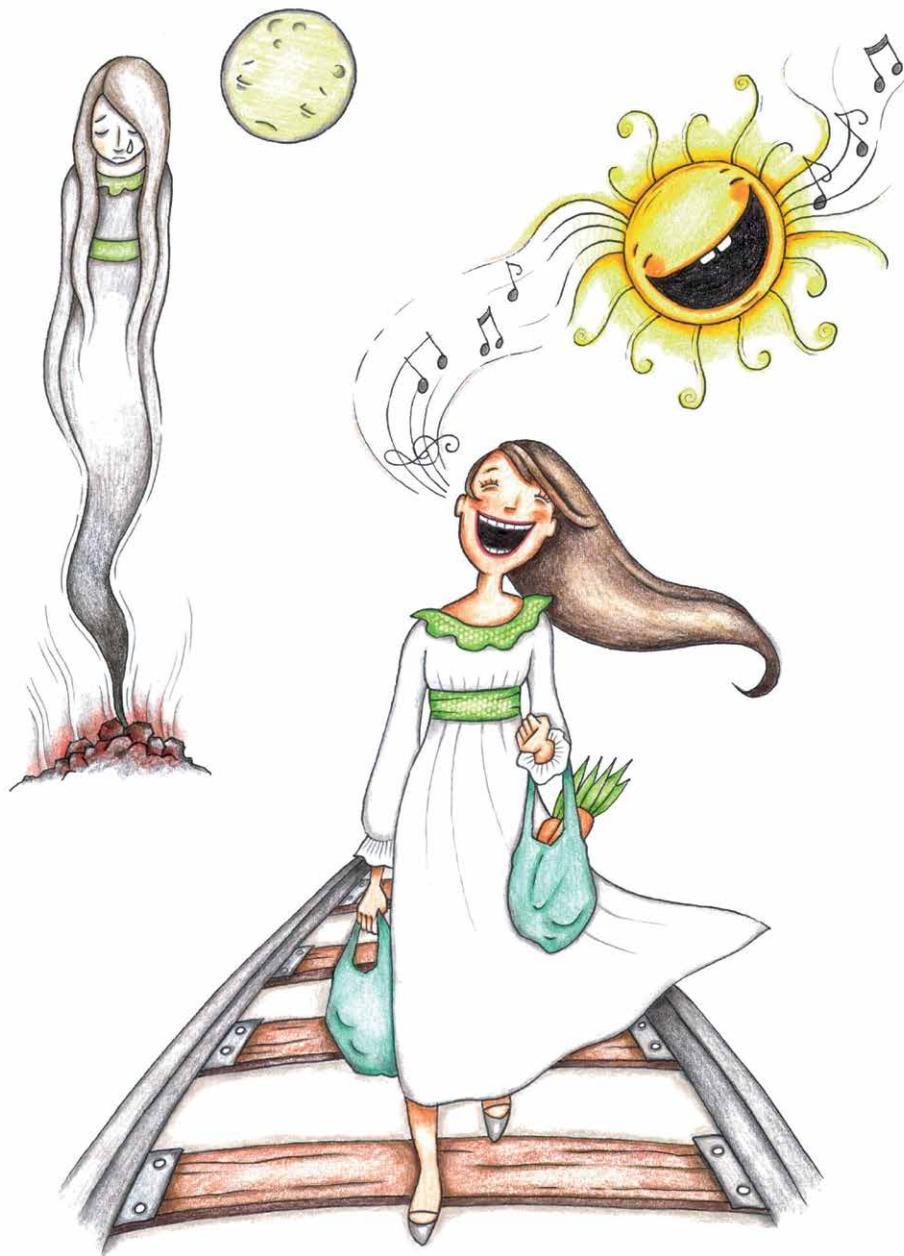
—Ester —le respondió ella, susurrando.

—Yo me llamo Antonio, más conocido acá como *mascarrieles*, por mi trabajo —contestó él.

Después de una larga conversación, empezaron a salir. Se enamoraron, se convirtieron en novios y tomaron la decisión de unirse en santo matrimonio.

El día del casamiento ella se encontraba ahí esperando a que su futuro marido llegara en aquel tren que dirigía todos los días. Esperó y esperó. Pasaron las horas y no había rastro suyo. Ella siguió esperando. Luego de cinco días; ella, delgada y desnutrida, cayó al riel. Nadie se dio cuenta.

Dice la leyenda que cada noche que sacan y tiran el carbón usado encendido, ella aparece de las cenizas y recorre las vías esperando a su amado.



## REGIÓN DE ATACAMA

## LOS APESTADOS

Keyla Valentina Iriarte Aracena (14 años)

Liceo San Francisco

Alto del Carmen

**Primer lugar regional**

Mi tata Pancho siempre me contaba esta historia. Decía que una vez, en los años sesenta, llegó una familia a vivir al final de la población Rafael Torreblanca, que en aquellos tiempos era “Los Canales”. Levantaron una mediagua y armaron una cocinilla de barro. Eran el papá, la mamá y los hijos pequeños. En el día todo funcionaba normal, pero en la noche el viento silbaba fuerte y sacudía la casa de manera brusca. Se sentía mucha bulla, se oían murmullos y gritos molestos. Era confuso para ellos. Cuando dormían, soñaban que estaban enterrados bajo tierra, enterrados vivos, presionados y ahogados. Ellos no entendían nada, pero estaban preocupados. Hasta que un día el caballero fue a buscar trabajo.

—Al final de la población “Los Canales” no hay calles ni números —contestó cuando le preguntaron su dirección.

—Usted vive en el pueblo de “Los Indios” —replicó un anciano que se le acercó.

—¿Cómo? —preguntó intrigado.

—Sí, *puh'* —dijo el anciano—. Ese era territorio indígena. Ahí vivieron los primeros habitantes de Vallenar, pero una terrible epidemia de viruela azotó a gran parte de los vallenarinos y ahí, donde usted vive, había un cementerio. Ahí están todos los apestados enterrados.

Cuando el caballero se volvió a mirar al anciano, este ya no estaba. El caballero consiguió dos carretillas, desarmó su casa, cargaron como pudieron todas sus cositas y se fueron.

Por eso cada año en primavera florece todo ese sector con hermosas ñañucas amarillas, dejando un eterno recuerdo de nuestros antepasados.



REGIÓN DE ATACAMA

## MI ABUELO Y LAS CABRAS

Verónica Valentina Escobar Escobar (10 años)  
Escuela Virginia San Román  
Freirina

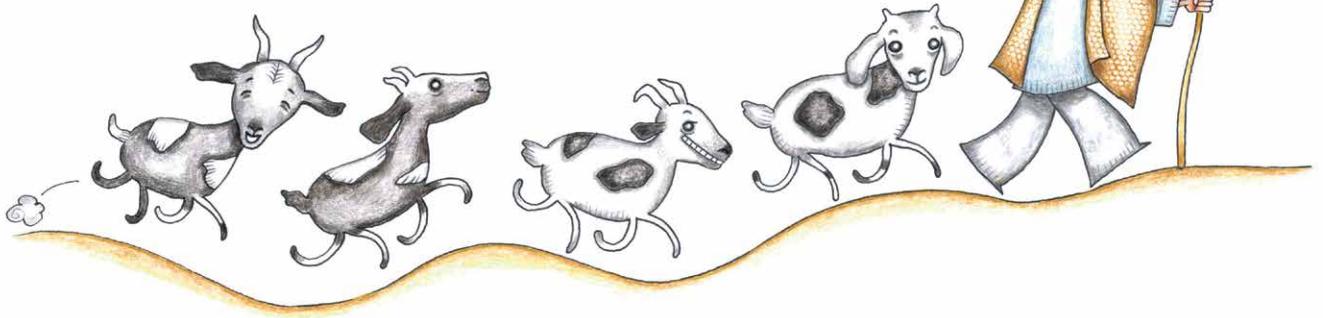
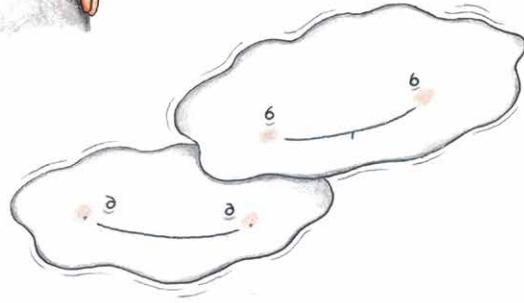
**Segundo lugar regional**

Un día en la mesa almorzando y hablando de la vida, llegó mi abuelo llamado Amador Escobar. Él me contó que su papá tenía más de 130 cabras que cuidaba mucho, porque de ellas podía vivir bien junto a su familia.

Un día el papá le dijo que cuando él se fuera al cielo, las cabras le iban a pertenecer y que tenía que darles

de comer y beber. Mi abuelito se hizo cargo de ellas, hasta el día de hoy. Yo voy siempre a su rancho y miro las cabritas y cómo él las cuida. Además, ahora también tiene caballos.

Me gusta mucho que mi abuelito se haya hecho cargo de las cabritas, porque ahora yo puedo ayudarle a cuidarlas y jugar con ellas.



## REGIÓN DE COQUIMBO

## HAY QUE VIVIRLO PARA CREERLO

Michelle Katherinna Belén Barraza Bustamante (12 años)  
Escuela Básica Berta Hidalgo Barahona, Tahuinco  
Salamanca

**Primer lugar regional**

La abuela nos hablaba de los terremotos, de cuando ella estaba chica, de cómo se caían las cosas, de que una vez había pasado por debajo de una muralla y se partía la tierra. Se hacían zanjones enormes, donde se caían los animales y la gente. Después venían los maremotos y la gente arrancaba hacia los cerros y el agua inundaba todas las casas y las botaba.

Todos los nietos sentados alrededor escuchábamos sus historias, nos mirábamos unos a otros con caras de aburridos, esperando el momento para arrancar, porque se nos ocurrían historias muy fantásticas, como que la abuela *le ponía mucho color*, quizás para asustarnos; pero todo para mí cambió la tarde del 16 de septiembre en la que, después de haber pasado un día de juegos campesinos, yo empezaba a hacer las tareas. De pronto, empezó a temblar. Estábamos solas con mi mamá.

—No te preocupes —dijo ella—. Ya va a pasar.

Luego tomó una fuerza que es imposible de imaginar. Nos abrazamos.

—Tranquila, Michelle. Ya va a parar.

Pasaban los minutos y cada vez era más fuerte. Mami empezó a rezar, yo repetía con ella. Todo se caía, todo se quebraba; quería pensar que era un sueño. La casa se retorció entera... ¡Mi pobre casa de palitos!, como le digo yo. Mi corazón estaba loco, ya mis nervios no aguantaban, ¡ya no era yo! No sé cuánto habrá durado, pero no terminaba nunca.

Después de que mami dijera que no saliéramos hasta que parara, al ver explotar las ampollitas, miró hacia el cielo y dijo:

—Vamos a salir. Entra a la pieza de tu hermano Ariel y salta por la ventana.

Yo creo que ella estaba tan nerviosa como yo, o tal vez más. Pero es mi mami y simulaba que todo estaba bien (eso me dio mucha pena). Fui por mi cuye. En la oscuridad, entre tantas cosas que caían, traté de tomarlo. Pero no paraba de temblar y el movimiento se volvió más fuerte. Mi cuye cayó al suelo y salté. Mamá, con su enfermedad a las rodillas, también saltó. Con un nudo en la garganta y con el pecho apretado, nos acercamos a la calle, donde la gente gritaba, corría y lloraba desesperada.

Las réplicas eran peores y muchas. Le dije a mi mamá que tenía miedo de morir y a ella no le salían las palabras. Entonces me acordé de mi abuela; ¡cuánta razón tenía! Era verdad lo que contaba... ¡Había que vivirlo para creerlo!

No esperaba vivirlo tan chica. Ahí supe que para mi mamá también había sido el terremoto más fuerte que había sentido y visto. Ella pensó que era el fin del mundo, que todo se acababa. Dicen que fue 8.4 grados, pero nosotras pensamos que fue más. Cayeron casas, murió gente y hubo maremotos en

varios lados. Y me imaginé a mí misma en 70 o 75 años más, contándoselo a mis bisnietos y a ellos, aburridos y no creyéndolo.

*"Niñitosh, hace muchosh añosh, cuando yo era chica por allá por el 2015, shí fue el 16 de sheptiembre del 2015, hubo un terremoto tremendo, shalté por la ventana con mi madre, lash lucesh explotaban, todos lloraban..."*

*"¡Qué abuela más alaraca!", dirán ellos.*



## REGIÓN DE COQUIMBO

## HISTORIA DE UN GRAN ABUELO

Luis Andrés Soto Astudillo (13 años)  
Escuela Arturo Alessandri Palma  
Ovalle

**Segundo lugar regional**

Cuando tenía cinco años, mi abuelo Marco me contaba sus inolvidables historias de cuando él vivía en Andacollo. Recuerdo que una noche me contó una historia sobre la piedra andacollita. La verdad, yo nunca había oído hablar de esa piedra, por lo tanto lo escuché atentamente. Me encantaba mirarlo detenidamente; ver sus ojos, su cara y sus gestos cada vez que él relataba sus hermosos cuentos. Aún lo veo en mis recuerdos...

En ese tiempo me contó que durante las fiestas grandes de Andacollo, él tenía alrededor de diez años. Entre tantos puestos comerciales, en un pequeño mostrador se exhibían piezas artesanales de piedra que representaban jarrones, ánforas, animales, aves y paneras.

—¿Cómo se llama esa piedra? —preguntó él allí.

—Andacollita —le dijo el vendedor. A mi abuelito le gustó esa piedra por su vistosidad, sus vetas, sus colores y su parecido al mármol. Él, sin dudarlo, la compró por unos seis mil pesos. En esa época era buen dinero, según él.

Mi abuelo heredó de su padre la fascinación de crear y hacer artesanía con sus manos. Cuenta un

día que llevó la piedra comprada hasta su casa. Esta fue tema de conversación entre su familia. Su padre y él pensaban a diario qué podían hacer con ese hermoso mineral. Fue entonces cuando a mi abuelo se le ocurrió la genial idea de crear una alhaja muy diferente a todas las demás o a las que hubieran visto. Le pregunté qué la hacía diferente. Él me dijo que la diferencia era que al ser creada con la piedra andacollita, unía de por vida al amado con su amada. Me seguí interesando en conocer la historia. Entonces mi abuelo me dijo que su abuelo siempre le contaba la leyenda de la piedra de Andacollo.

Un día, sentado en ese sillón rojo desgastado por los años, con olor a alquitrán y lleno de pelusas de gato, me dijo:

—Nieto mío, ¿te conté la leyenda de la piedra de Andacollo?

—No —le respondí.

Ese día pasamos toda la tarde juntos y mi abuelito me relató que en Andacollo vivía una hermosa indígena con la que todos se querían comprometer. Sin embargo, ella solo amaba al cacique de la tribu enemiga Anhda, por lo tanto, su amor era prohibido.

No obstante, el amor era más fuerte y cada vez que podían se enredaban en su amor como la hiedra. Collo, que era el cacique de la tribu a la que pertenecía esta joven, decidió idear un plan para matar al cacique del clan Anhda. Para detener esa matanza, los jóvenes decidieron encomendarse a los dioses y ancestros para que su amor viviera por siempre. Es así como los enamorados se fugaron una noche de lluvia por el cerro Lyita, pero la tribu de los Anhda sabía de su plan y dirigieron sus flechas hacia los enamorados. Los clanes nunca volvieron a encontrar sus cuerpos y es por eso que esa piedra llamada andacollita, extraída desde el cerro donde los enamorados desaparecieron, tiene gran poder de encantamiento para quien la lleve.

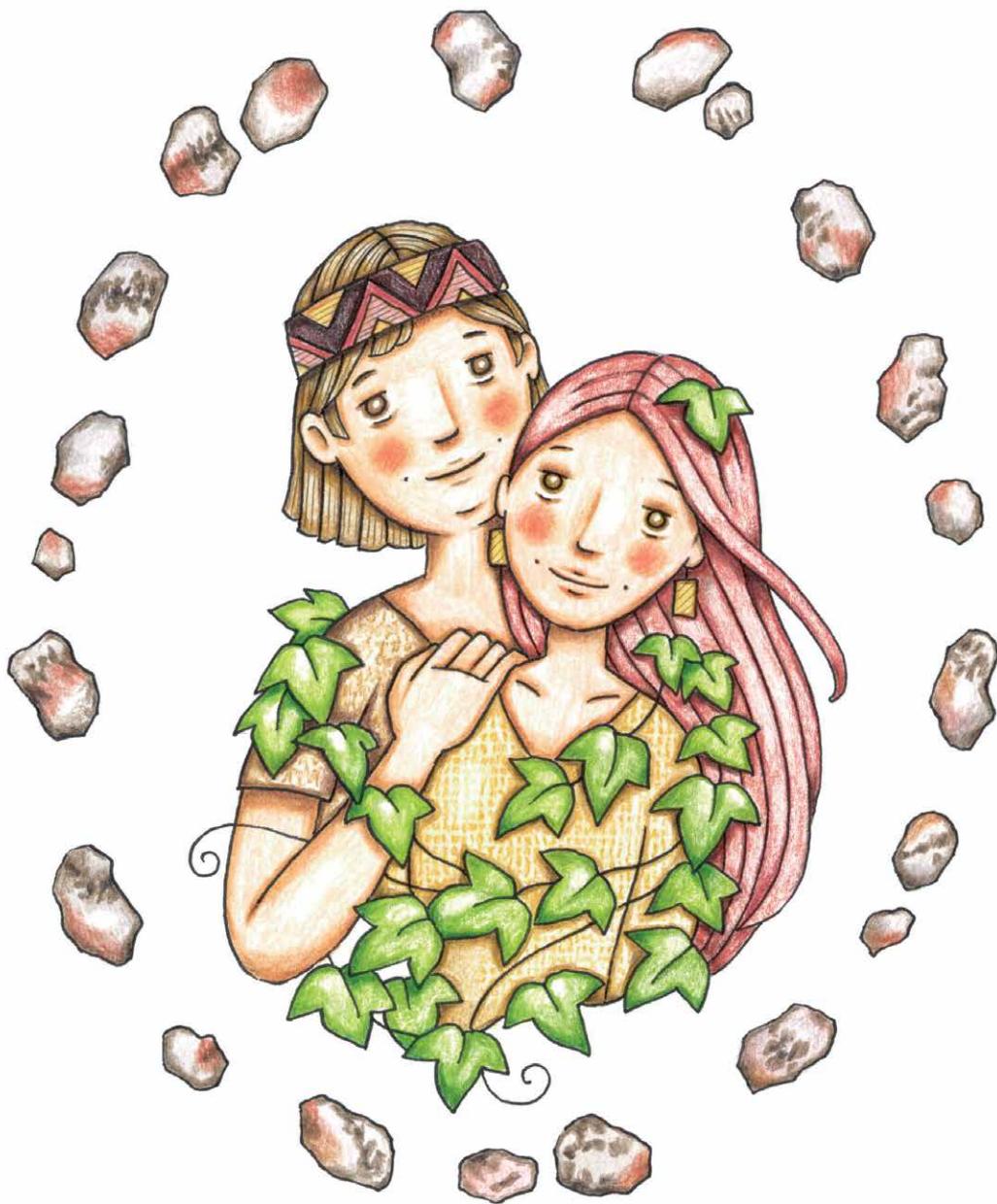
—Desde entonces —me dijo mi abuelo—, es un lujo para Andacollo poseer una historia arqueológica y presentar una piedra tan hermosa como la andacollita.

Es así como todos los enamorados llegan hasta Andacollo a comprar esta hermosa alhaja, creada

por mi abuelo Marco y por mí, que posee el don de mantenerlos juntos por siempre. En Andacollo todos conocen la historia de mi abuelo y de cómo dio vida a esta piedra. Los enamorados también llegan a la casa de mis abuelitos para contar su historia de amor y dar fe del poder de la alhaja. Es por eso que la casa se encuentra llena de pedazos de papel pegados en la pared o en cualquier lugar que permita dejar plasmado en un papel la historia de amor de cada enamorado que va en busca de la alhaja andacollita.

Me siento muy orgulloso de ser parte de esta familia y, aún más, de ser nieto de mi abuelito Marco. Día a día, y cada vez que yo llegaba de la escuela, me enseñaba cómo crear y dar vida a una nueva alhaja utilizando mis manos para trabajar la piedra.

Cuando sea grande quiero ser como mi abuelo. Yo siempre lo quise mucho y cuando yo esté viejito seré como él: cariñoso y a veces tranquilo, pero no aburrido. Como él, siempre contaré historias y a mis nietos les contaré sobre él.



## REGIÓN DE COQUIMBO

## LA CUCA MULA

Iván Rafael Bugeño Bugeño (12 años)

Escuela Arturo Alessandri Palma

Ovalle

**Tercer lugar regional**

Hace ya muchos años, el abuelo Enrique, que era el abuelo de mi mamá, le contó a ella esta historia. Trata de una niña a la que le decían Cuca. Tenía al menos quince años y vivía con sus padres al interior de El Durazno, una localidad muy apartada de la comuna de Canela. En esos años, mi abuelo Enrique trabajó en la hacienda llamada El Durazno. Entonces, alrededor de 1940, la historia se conocía y decían que a la niña la había maldecido su padre, por desobedecerle luego de que él la mandara a hacer unos trabajos en el terreno. Le dijo así: “Niña, habrás de volverte mula y vivirás en el campo como un animal”.

Aunque la madre rogó y lloró por ella, no hubo vuelta atrás y la pobre muchacha así quedó. Desde entonces se escucha por las noches el llanto de una niña. Es muy confuso, porque parece el rebuzno de una mula. Se pasea de noche por los campos gritando y llorando de pena por la maldición que le provocó su padre.

Se comentaba en ese entonces que las maldiciones no se podían regresar y que la que provenía de un padre se hacía realidad. También contaban que su cuerpo era mitad mula y mitad mujer. Por lo mismo, se escondía. Solo su madre la podía ver. Se piensa que por lo que le pasó a su hija, la madre se fue consumiendo, hasta que un día murió.

La pobre Cuca Mula, que así la llamaban, empezó a deambular mucho más por los cerros. Día tras día,

se escuchaban más sus llantos por la noche. Los pueblerinos comentaban a sus hijos y parientes de lejos que cada vez que la escuchaban decían: “por ahí viene la Cuca Mula. Ya le dio hambre o pena”. Les pedían que siguieran la misma costumbre de dejarle comida y abrigo, así como lo hacían ellos. Decían que le dejaban una ollita con comida colgada lo más cerca posible, para que ella pudiera alcanzarla. Al otro día amanecía vacía la olla. La gente se ponía contenta porque la pobre se comía toda su comida. Desde entonces se fue traspasando esta historia y el compromiso con la Cuca Mula.

A los años después, mi abuelo Enrique se fue de esa hacienda a vivir y a trabajar a otra localidad. Ya no volvió, pero por lo que supo mi mami, las siguientes generaciones no creían la historia y no se preocupaban de esas cosas. Decían que eran puras mentiras y no hacían caso a lo que había pasado. Los pocos que quedaron en la hacienda y que conocían la historia, ya estaban muy viejos y no podían hacer eso de dejarle comida a la Cuca Mula.

Se presume que con el tiempo la Cuca Mula fue abandonada por el pueblo y que murió de hambre y de pena.

El abuelo Enrique siempre se acordaba de ella. Por eso mi mami me contó esta historia, que solo quedó en el recuerdo, como cosas de creencias y vivencias que sucedían en esos años.



## REGIÓN DE VALPARAÍSO

## LA CARRETA NEGRA

Daniela Ignacia Espinoza Espinoza (8 años)  
Escuela Pedro Aguirre Cerda de Pucuro  
Calle Larga

**Primer lugar regional**

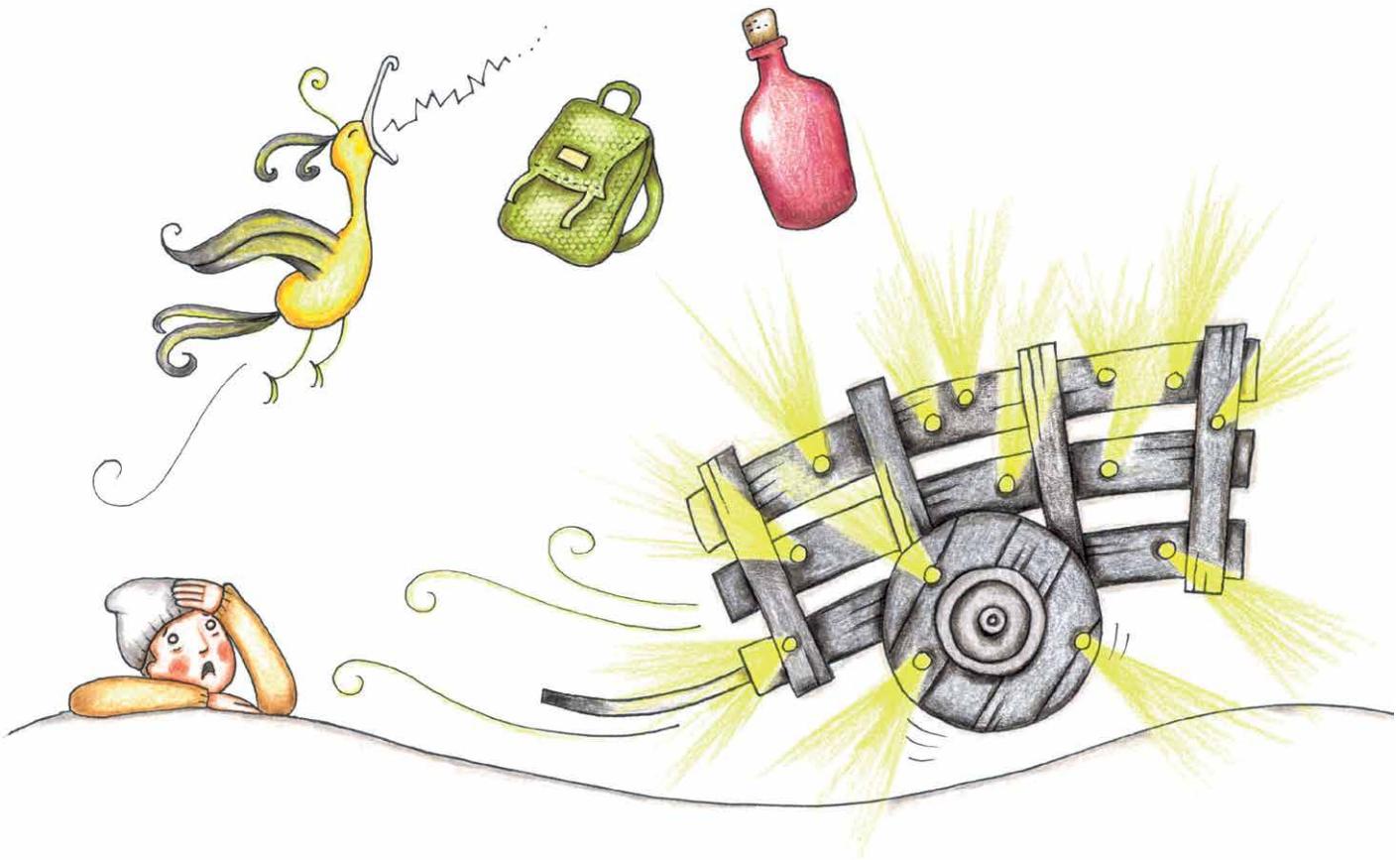
Cuenta mi abuelo que en el tiempo en que existía el toque de queda, en el sector llamado Pucuro, de la comuna de Calle Larga, a una hora y media de Santiago, él salía a caminar y a mirar todos los días el campo donde vivía. Una tarde caminó y caminó y sin darse cuenta se le hizo demasiado tarde. Al mirar su reloj, vio que marcaba las dos de la madrugada. Para que la caminata no se le hiciera muy larga, comenzó a tirar piedras a los parronales. De repente, sintió un ruido muy fuerte. No quiso mirar para atrás, sintió miedo, pero pensando que tal vez podía ser un accidente de alguien de por ahí, decidió mirar. Lo primero que vio fue un bulto negro y grande. Al fijar su mirada se dio cuenta de que era una carreta. Con mayor atención miró, pensando que podía ser un amigo o un vecino del sector, pero no fue así. Comenzó a correr, sin saber por qué. Corrió y corrió. Cuando vio que cerca de él pasaba un canal que en ese momento no tenía agua, lo mejor que se le ocurrió fue saltar y esconderse de la carreta que venía casi alcanzándolo. Cuando estaba en el suelo, asomó la cabeza y vio a la carreta pasar muy cerca suyo. Era muy negra, pero tenía cierto brillo, con unos puntos amarillos. Al mirarlos bien, se dio cuenta de que eran de oro. Con solo cerrar los ojos, la carreta desapareció.

Al llegar a la casa no quiso contar lo sucedido, porque sabía que nadie le creería. A los pocos días fue a la casa su amigo de toda una vida, Salvador. Mi abuelo le dijo que tenía que contarle un secreto, pero que por favor no se lo contara a nadie, porque de lo contrario nadie le creería y todos se burlarían de él. Le narró con muchos detalles todo lo vivido esa madrugada. Su amigo Salvador lo quedó mirando con ojos grandes y le dijo que fueran esa misma noche en la madrugada. Prepararon la salida sin contarle a nadie lo que harían; su amigo quería ver con sus propios ojos lo que mi abuelo le había contado. Arreglaron su mochila con algunas cosas, entre ellas una botella de un licor llamado canelita, un trago que preparaban en casa de mi abuelita y que ya es popular de esta zona.

Llegó la esperada tarde. Su amigo lo pasó a buscar y empezaron la caminata. Mi abuelo dice que tenía un poco de miedo de volver al lugar, pero su amigo lo calmaba. Era medianoche y solo se escuchaba el cantar de un extraño pájaro. La noche era oscura, tanto, que casi no se veían las manos. Así empezaría la espera. Para el frío llevaron unas mantas gruesas y cada uno un gorro de lana; no querían prender una fogata, porque podría espantar a la misteriosa

carreta. Las horas se hicieron largas y frías. Ruido que había, saltaban de miedo. Sin darse cuenta, se quedaron dormidos, pero un gran estruendo los despertó. Al abrir los ojos lo único que pudieron ver fue la carreta negra a gran velocidad iluminando el

camino como si fuera de día. Los puntos de oro no se vieron. Ellos, como buenos amigos, juraron que cuando tuvieran nietos les contarían lo que habían visto, para que supieran que la carreta no era puro cuento.



## REGIÓN DE VALPARAÍSO

## PAJARITO

Karla Daniella Aliaga Fuenzalida (13 años)  
Liceo Bicentenario de Valparaíso  
Valparaíso

**Segundo lugar regional**

*Cuando se muere la carne, el alma busca su sitio  
adentro de una amapola o dentro de un pajarito.*  
Violeta Parra

—Tanta razón tiene la Violetita aquí. Cada uno busca el mejor lugar para sentir paz —dijo mi abuelo en su silla de madera mientras admiraba un viejo cuadro donde se encontraba la frase.

—Sí, eso creo —le sonreí y seguí comiendo mi pan con mantequilla.

Hace más de un año que vivo con mi abuelo mientras mis padres trabajan en la ciudad. A ellos no los he vuelto a ver, pero de seguro no se han olvidado de mí. Desde que comparto la mayoría de mis días con él, me ha enseñado todo lo relacionado al campo para poder ayudarlo en su trabajo. Él, don Pepe y yo hacemos buen equipo al momento de sembrar las papas en los surcos. ¿Quién es don Pepe? Bueno, él es un viejo hombre que vive cerca y que siempre viene a desayunar con nosotros. Mi abuelo dice que es medio *pasadito por el agua*, pero le dio trabajo ya que era buena gente.

Una mañana, ya habían pasado varios minutos y el señor no llegaba. Su tecito se enfriaba y el pan se iba a poner duro si nadie se lo comía. Finalmente nunca llegó y yo tuve que sembrar sin ayuda. Cuando

pasaron más de dos horas, encontré a don Pepe sentado a los pies de un árbol, metros más allá.

—Oiga... ¿por qué no vino a desayunar?  
—le pregunté mientras me acercaba.

—No tenía hambre —me contestó sin levantar la cabeza.

—¿Qué le pasa? Se ve triste...

—La Madre Tierra se ha llevado a mi hija.

— ¿Usted tenía una hija?

—Como tú dijiste... “tenía” una.

Un triste silencio se apoderó del lugar. Al anochecer lo fui a ver a su casa. Él se veía tranquilo. Al momento de entrar a su sencillo comedor, un lindo dibujo de una amapola me llamó la atención.

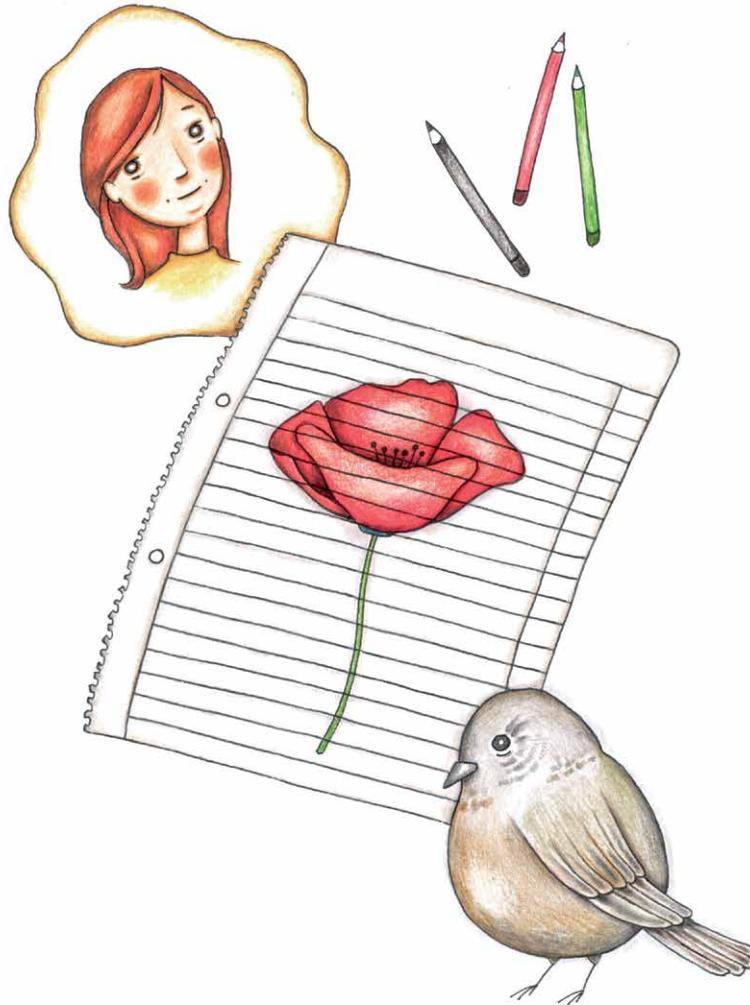
—¿Y esto? —le pregunté curioso.

—A ella le encantaba dibujarlas.

Después de una semana de todo esto don Pepe no fue más a tomarse un tecito y menos a trabajar. Mi abuelo lo visitó preocupado. Me contó que el señor estaba muy decaído y que actuaba extraño. Cada cinco minutos se ponía a hablar con la amapola que había sido dibujada por su difunta hija.

Un día don Pepe se fue y no volvió más. No se había llevado sus cosas. No se llevó su ropa ni sus zapatos, solo su dulce amapola pintada con un lápiz de color.

La gente y mi abuelo lo dan por muerto. Yo lo doy por un nuevo pajarito acompañado de su querida flor.



## REGIÓN DE VALPARAÍSO

## LA HISTORIA DE LAS SIEMBRAS DE LOS PERALES

Bárbara Narayana Morales Morales (12 años)

Escuela Brasilia

Limache

**Tercer lugar regional**

Se cuenta que en Los Perales, un lugar muy alejado de la ciudad de Quilpué, hace muchos años atrás sucedieron cosas que no tenían explicación. O quizás sí. Este paraje está lleno de grandes y pequeños cerros, mucha naturaleza y gran variedad de animales, pero los que abundan son los conejos... hay *muuuuchos* conejos.

Los campesinos en esta localidad eran muy unidos, sembraban y cuidaban sus siembras. Como en todas partes, había casas y existía una casona muy grande con hermosos jardines y una gran cantidad de siembras. Al pasar por ahí todos la quedaban mirando. Pero esta casona grande y linda guardaba un secreto que de a poco se fue materializando y mostrándose a algunas personas, las que de vez en cuando hacían sus comentarios. Nunca le dieron mucha importancia, porque se imaginaban que estas visiones eran producto del viento y de los árboles. Se decía que los campesinos veían por las noches una silueta con inmensas alas y que a lo lejos parecía una persona. Este rumor se fue acrecentando y las personas empezaron poco a poco a creer.

Un día esta sombra alada se les apareció a los cazadores que por las noches salían con sus escopetas a cazar conejos, ya que estos dañaban los cultivos que con gran sacrificio sembraban cada

temporada. Estas apariciones eran rápidas, casi imperceptibles. En una oportunidad, un hombre que cargaba una escopeta vio la silueta alada de la que se hablaba entre los campesinos, lo que lo inquietó mucho y se preguntó por qué se le habría aparecido a él.

En otra ocasión, estando varios cazadores reunidos al lado de la gran cantidad de conejos que habían matado, apareció nuevamente esta silueta, se notaba furiosa. Uno de ellos gritó: "¡Miren, miren! ¡Es la silueta de la que muchos hablan y está volando!". Todos los hombres vieron al monstruo alado. Corrieron por el lugar sin saber qué hacer, pero la intención de esta aparición era la destrucción. La silueta los confundió y se camufló entre ellos y fue así como murieron muchos campesinos y cazadores. Entonces se dieron cuenta de que la aparición tenía sentido.

A partir de esa tragedia en Los Perales, que dejó varias muertes y demasiada tristeza, los campesinos se unieron y decidieron en ese mismo momento jamás volver a cazar conejos. Entendieron que estos son parte de los hermosos campos y de la gran naturaleza que existe en ese lugar, por lo que buscaron otra forma de proteger sus siembras.



## REGIÓN DE VALPARAÍSO

## UN CARABINERO BIBLIOTECARIO

Matías Jesús Valenzuela Toledo (10 años)  
Instituto Santa María Hermanos Maristas  
Limache

**Mención honrosa**

**H**abía una vez un hombre que era carabinero al que le gustaba leer libros. Él tenía una esposa y dos hijos, una mujer y un hombre. La mujer se llamaba Antonia y el hombre se llamaba Ignacio. El carabinero se llamaba Joaquín.

Un día fue a la ciudad de Metrópolis. Estaba en una camioneta y justo se había quedado dormido cuando, después de ocho minutos, pasaron dos delincuentes y robaron una casa. Joaquín no se enteró y no pudo detener a los delincuentes. Después fue a la comisaría, lo despidieron del trabajo y no supo a dónde ir a trabajar.

Joaquín fue a la feria a comprar verduras y justo se encontró con un joven que vendía libros. Le impresionó uno que se llamaba “Escrito en las estrellas”. Le gustó y se lo compró. Después de haberlo leído, fue a la biblioteca y vio varios libros más. Escogió uno y lo pidió. Una semana después, vio que afuera de la biblioteca decía: “SE NECESITA ALGUIEN QUE TRABAJE EN ESTA BIBLIOTECA”. Él se impresionó mucho y fue a hacer una prueba para el puesto y tuvo la suerte de quedar y conseguir el trabajo.

Joaquín fue muy feliz. Esa ocupación le encantó y desde ese día siempre fue feliz en su trabajo.



## REGIÓN METROPOLITANA

## UNA CARRERA MUY ESPECIAL

Matilda Amanda Maturana Sotelo (11 años)

Escuela Lo Arcaya

Pirque

**Primer lugar regional**

Mi tata es conductor de colectivos, hace mucho tiempo que trabaja en eso, como hace 30 años. Antes era un joven campesino de Chillán, pero tuvo que emigrar a la ciudad en busca de nuevas oportunidades ya que allá donde vivía no había mucho que hacer para los jóvenes. Y aunque su sueño en realidad era ser militar, la altura no lo acompañó y tuvo que desistir de su sueño. Así fue como un día, sin más ni más, agarró unas *pilchitas* y se vino a Santiago a buscar su destino, como él dice.

Después de un largo tiempo de conocer, aprender y buscar, terminó por llegar a la comuna de Pirque, lugar que se adecuaba perfecto a su gusto. Al fin volvía a un lugar parecido a su tierra, sector de entorno rural, casas con terrenos grandes y gente amable.

Cuando comenzó a trabajar de chofer de colectivos trasladaba a las personas de una comuna a otra, entre Pirque y Puente Alto, para que fueran al médico, al supermercado o al pago de los abuelitos. Como la gente lo conocía, tenían un trato muy familiar con él y siempre le pedían "carreras". Esto consistía en que las personas le hacían encargos de la ciudad y él se los llevaba al domicilio. Por ejemplo, le pedían que

les pasara a comprar un saco de harina, que llevara a una persona de urgencia al hospital o que fuera a buscar algún pariente al terminal de buses. Era tanta la confianza que le tenían, que le daban llaves de los portones, porque en el campo el portón queda como a un kilómetro de la puerta de la casa. Así que el dueño no salía a abrirle la puerta. Además, muchas de estas casas estaban arriba en los cerros, a largas distancias de la ciudad, donde solo había micro tres veces al día. Si se te pasaba la micro, no había más opción que caminar por sectores donde ni luz eléctrica había en las calles.

Un día de esos le pidieron que fuera a dejar unos encargos a la casa de un señor que vivía en un cerro muy arriba. Ya se había oscurecido, eran como las nueve y media de la noche. La casa estaba bien alejada de la calle principal. El camino para subir era de tierra y estaba rodeado de almendros y paltos, todos árboles muy grandes. Como él conocía perfecto el camino, no se le hacía difícil subir y bajar. Luego de subir por varios minutos llegó al portón de entrada, que era grande y pesado, sacó sus llaves y lo abrió. La entrada al terreno estaba muy alejada de la casa, así que la dejó abierta; además que nada ocurría, porque arriba de los cerros a esa hora no



anda ni un alma, así que decidió que a la vuelta la cerraría. Llegó a la casa, entregó el encargo y luego de conversar un poco se despidió y subió a su auto para volver. Al llegar al portón, se bajó para cerrarlo, pero justo cuando iba a hacerlo sintió una voz que le dijo:

—Deje así nomás.

Se dio la vuelta para ver quién le hablaba, pero no había nadie. Luego se agachó para mirar a ras de suelo —que es así como se debe mirar en la oscuridad para distinguir mejor las siluetas—, pero nada. Se paró pensando que tal vez todo

era producto de su imaginación, pero cuando nuevamente fue a tomar el portón, oyó la voz que le dijo otra vez que lo dejara así. Eso sí que esta vez le pareció que la voz era más quejumbrosa y sintió un frío que le recorrió el cuerpo. No atinó a nada más que a subirse rápido al auto y partir a todo lo que daba. Logró tranquilizarse un poco al retomar el camino asfaltado, pero no dejó de pensar en lo que acababa de vivir y trató de explicarse qué era lo que había sucedido, pero no encontró respuesta. Así, mirándose en el espejo retrovisor, se prometió a sí mismo nunca más hacer una carrera de noche y menos solo. Y en vez de volver a trabajar ese día, prefirió irse derecho para la casa.

## REGIÓN METROPOLITANA

## LA VIEJA COPUCHENTA

Keila Mirna Méndez Ibacache (12 años)  
Escuela Julieta Becerra Álvarez  
San José de Maipo  
**Segundo lugar regional**

Cuenta mi tata que en Pueblo El Volcán había una señora que se la pasaba mirando por la ventana para enterarse de todas las copuchas. Así se dio cuenta que durante toda una semana, a las doce de la noche, pasaba una carreta negra tirada por un caballo percherón del mismo color.

Una noche no aguantó más la curiosidad y fue a preguntarle al conductor de dicha carreta qué hacía él pasando todas las noches a la misma hora. Él se levantó su sombrero de copa y, mostrando un diente de oro, le contestó:

—Busco a alguien que cuide mi bolso de cuero.

—En mí puedes confiar —dijo y se ofreció ella a cuidarlo. El hombre la miró y respondió:

—Con una condición: jamás abras el bolso.

Ella estuvo durante todo el día mirándolo, pensando qué habría dentro. Cerca ya de la medianoche, no aguantó más, lo abrió y encontró dentro huesos humanos. Con espanto, arrojó lejos el bolso.

Llegada la medianoche, sintió golpes en la puerta. La abrió y se encontró con que era el conductor de dicha carreta, quien había ido a buscar su bolso de cuero. Ella, con el miedo de haber visto el contenido del bolso, le preguntó, haciéndose la inocente:

—¿Qué tiene en el bolso?

—Están los huesos de las personas que lo cuidaron y lo abrieron. ¡Ahora serás parte de él! —le respondió muy enojado el hombre. Con mucho miedo la mujer trató de escapar, pero se dio cuenta de que él ya no estaba frente a ella, sino detrás.

—¡Ahora te llevaré al infierno, porque lo sabes todo!  
—le gritaba.

Al día siguiente los vecinos del pueblo extrañaron a su vecina. Fueron a su casa y vieron que estaba todo en orden. Lo extraño fue que su ropa estaba tirada en el piso hasta con los zapatos, pero no su cuerpo...



## REGIÓN METROPOLITANA

## PEQUEÑA VIVENCIA DEL RÍO LAMPA

María Jesús Ramos Riquelme (10 años)  
Escuela Manuel Segovia Montenegro  
Lampa

**Tercer lugar regional**

Decía mi abuelito que en esos años el río venía con mucha agua y que esto era muy lindo, porque familias lampinas y de otros sectores lo visitaban. Incluso una vez lo navegaron cerca del Puente Lampa. Los niños se pasaban con sus padres desde el colegio hacia el río a disfrutar toda la tarde. También iban mis padres y tíos a pasar un tiempo agradable e inolvidable junto a toda la familia.

En pleno invierno ya no había tanta felicidad, porque una vez el río arrasó con casas, animales, cercas y siembras. Muchas familias tuvieron que recurrir a albergues, de los cuales el Liceo Manuel Plaza Reyes y nuestro Colegio Manuel Segovia Montenegro prestaron servicios. El liceo sirvió como consultorio, porque a mi tía la atendieron allí. En nuestro colegio, cada sala pertenecía a una familia.

El mal tiempo parecía que no iba a pasar nunca. Luego vino el tiempo de reconstrucción. Gente de la televisión llegó a ayudar a nuestra comuna. Entre ella estaba Cecilia Bolocco, que visitó la localidad de Lo Echevers cuando era *puro peladero*. En este mismo episodio, mucha gente sirvió de guía a militares que andaban en busca de familias aisladas. Uno de ellos fue el tío de mi mamá. Ellos recorrieron en helicóptero para socorrer a las familias.

Bueno, mi tata decía que todo tiempo pasado fue mejor. Las personas eran más humanas, más solidarias y trataban de ser felices con muy poco. Él partió al cielo y no alcanzó a ver que yo también tuve la oportunidad de presenciar un río tan caudaloso como el que lo marcó en ese año.



## REGIÓN DE O'HIGGINS

## CUENTOS DE LA ABUELA INÉS

Javiera Antonia Ignacia González Briones (14 años)

Liceo María Auxiliadora

Santa Cruz

**Primer lugar regional**

Cada verano, mi mamá y todos sus primos salían de clases y emprendían rumbo al campo, a la casa de la abuela. Eran meses esperando ese ansiado día... Para que lo imaginen: es una gran y vieja casa de adobe entre cerros, con aroma a té y tortillas tostándose en un bracero redondo que jamás se apagaba y que cada noche los reunía para escuchar los cuentos de la abuela.

Cada tarde nos reuníamos a la hora del té los diez nietos. Cuál de todos más entusiasmado con tanto por hacer. Porque si bien estábamos de vacaciones, teníamos tareas, como sacar leche, traer agua, juntar las vacas, traer choclos de la chacra, ir a buscar leña, en fin... mucho por hacer. Pero lo más entretenido de todo estaba por comenzar. No era que lo estuviéramos esperando, pero inconscientemente comenzábamos a pararnos y a juntarnos alrededor del bracero donde mi bisabuelita estaba con su mate. De pronto, comenzaba a mirar hacia el estero y nos decía:

«¿Sabes? Hace 20 años había unos trabajadores que venían a ayudarnos con la trilla de garbanzos. Bueno, antes hacía mucho calor, no como ahora, y en invierno llovía mucho. Estábamos todo julio encerrados en la casa. Ahora llueve cada vez menos...

Pero bueno, estos trabajadores, como hacía tanto calor, se iban a refrescar a orillas del estero. Dormían un rato a los pies de unos grandes sauces. Uno de ellos era Pedro: un hombre muy delgado y bajito que usaba una chupalla y era muy trabajador y honesto, por cierto. Mientras todos dormían la siesta, Pedro se quedaba mirando el agua. De pronto, un día vio una culebra acercarse a orillas del estero. Muy cautelosa, tomaba agua y se iba.

»Así pasaron los días. Pedro la veía todos los días hacer lo mismo, pero un día se acercó más para observar cómo tomaba agua. Su sorpresa fue mayor al ver que esta culebra, antes de tomar agua, dejaba a un costado una bolsita transparente. Él, muy asustado y sin saber qué era lo que estaba mirando, se quedó pensativo y, bueno, esperó hasta el otro día. Al día siguiente, cuando iba conversando con los otros tres compañeros, les contó lo que había descubierto. Ninguno le creyó. Le dijeron cosas como que estaba ebrio e incluso que si se había pegado en la cabeza. "Voh tay tonto", le dijeron. "Hoy la vamos a esperar", les dijo él, serio.

»Y así fue. La esperaron todos reunidos y sin meter ruido. De pronto apareció entre la arena. Miró, vio que no hubiera peligro y comenzó a acercarse de

a poco. Todos ellos comenzaron a acercarse para mirar entre las matas de parqui. Ahí estaba, dejando su bolsita con aspecto pegajoso, traslúcido, no más grande que una bolsa de té. Todos estaban con unos ojos que ya se les salían de asombro. Mientras tanto, la culebra protegió un poco la bolsita con arena y se sumergió en el agua. Después salió lentamente, tomó la bolsa con su hocico, la dejó dentro y se fue.

»Todos ellos quedaron muy asustados, sin saber qué diablos era eso que sacaba de su boca y dejaba para que no se mojara. Asombrados se fueron conversando y se pusieron de acuerdo para el otro día. Tan ingenuos e ignorantes, ni se imaginaban lo que pasaría.

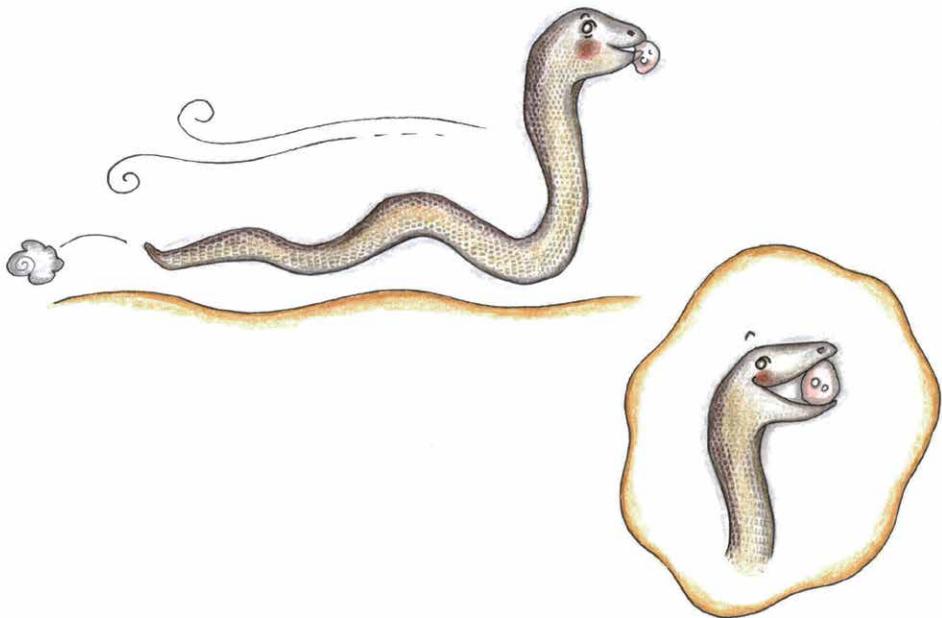
»Estaba Pedro preparado junto a la mata de parqui más cercana. Como todos los días llegó la culebra, sin imaginar lo que estos hombres habían planeado. Esperaron a que entrara al agua y Juan corrió a tomar la bolsa. Con un saco la llevó donde estaban los demás. Todos muy asustados la vieron y comenzaron a romperla, la pisaron y notaron que tenía agua pegajosa adentro. “Qué escalosfrío”, dijeron. Esperaron. De pronto, salió la culebra y comenzó a buscar lo que había dejado. Empezó a desesperarse, a mirar bruscamente de un lado para otro, con su lengua cada vez más tenebrosa. Buscaba

y buscaba, desesperada, y no encontraba nada. Entonces, comenzó a azotarse en la arena y saltó de un lado para otro. Todos estaban muy asustados, casi a punto de salir corriendo. De pronto, dejó de azotarse contra la arena, no se movió. Sangraba. Raúl se acercó y con una vara larga la movió, pero no tuvo respuesta. Estaba muerta.

»Pasó un rato. Todos se habían quedado en silencio, mirando, cuando pasó don Florindo y les preguntó: “Y ustedes, ¿qué diablos hacen ahí mirando?”. Pedro le contó todo. Don Florindo les dijo: “No saben lo que hicieron. Estas *bichas* cuando toman agua o se refrescan, dejan su veneno afuera. Era eso lo que rompieron y seguramente como ella salió y no encontró su defensa, comenzó a desesperarse hasta morir”.

»Por eso, niños, les digo: todo lo que tienen a su alrededor, como pájaros e insectos, tiene su propio entorno, nosotros no debemos interferir. Corren peligro ustedes y hacen mucho daño. Cada ser vivo está acá por algo. Al igual que la culebra, ustedes tienen su propia defensa... Ya, bueno, es tarde. A ver, ¿quién quiere dormir conmigo?»

Todos muy pensativos nos fuimos a dormir y, claro, peleamos por dormir con la abuela.



## REGIÓN DE O'HIGGINS

## ¿CÓMO SE HACEN HOMBRES?

Matías Diego Díaz Aburto (13 años)  
Colegio Manuel Rodríguez Erdoiza  
Las Cabras

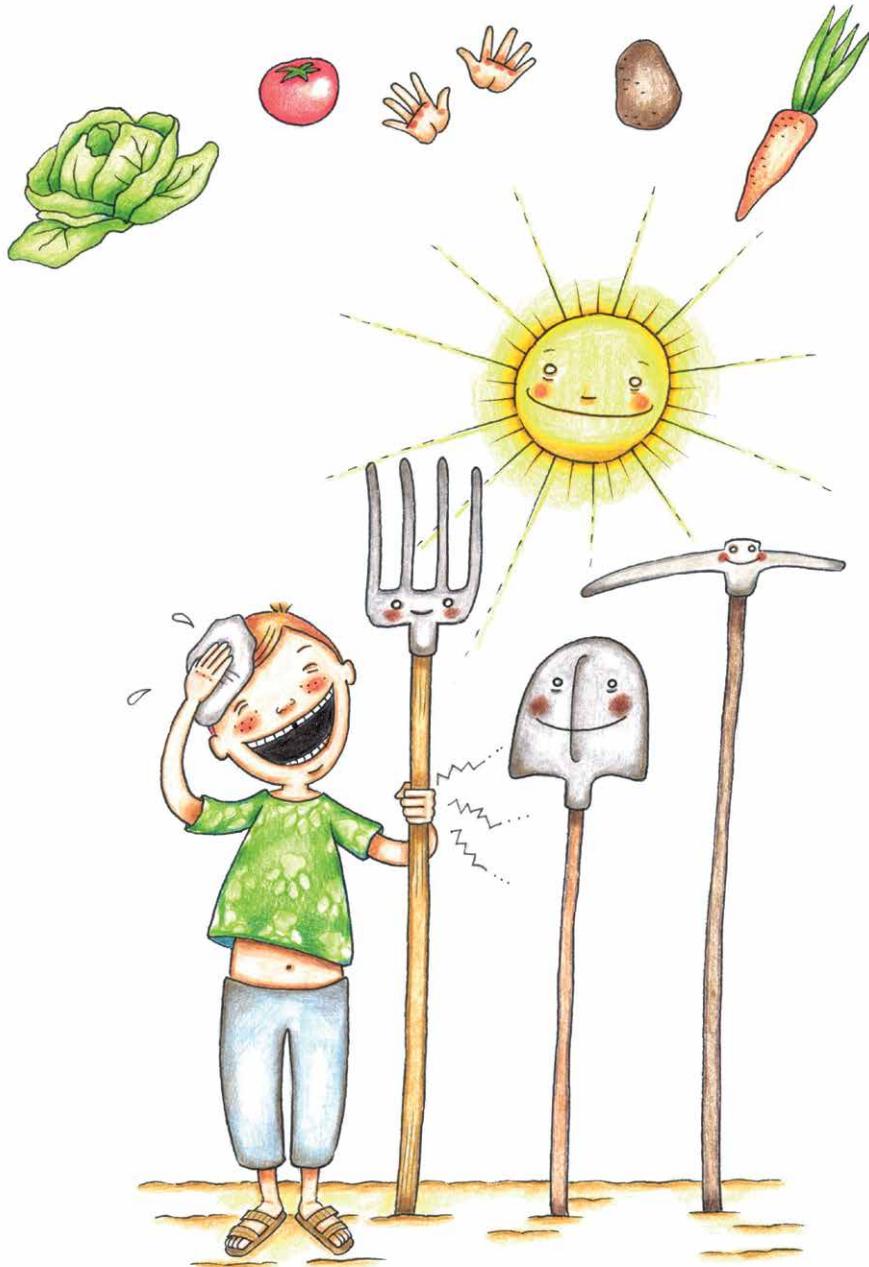
**Segundo lugar regional**

Hace tiempo uno tenía que ayudar a su abuelo o a su padre en las chacras desde pequeño. Si lo hacías durante un año y resistías las altas temperaturas del campo, te ganabas el respeto y el derecho a que cuando el padre o el abuelo murieran, pasabas a ser el hombre de la casa. Para considerar tu inicio como hombre de la familia debías tener callos en las manos. Si tu padre o tu abuelo habían fallecido y todavía no los tenías, no podías mandar en la casa... hasta que en las dos manos te salieran. Los callos debían salirte con herramientas como la pala, la horqueta o la picota.

En mi casa esta tradición se mantiene. Yo ya he estado yendo a trabajar en las chacras de mi abuelo

hace tiempo y tengo mis callos. Mi abuelo me contó que si yo cultivo mis propias tierras y puedo darle a mi familia sustento durante un mes, entonces podría pasar a ser el siguiente heredero de sus tierras. Y si lo logro, me enseñará los mejores secretos para que mis cultivos salgan mejores y bonitos, los cuales podré vender a las mejores empresas y ganar bastante dinero. Pero yo no hice esto por querer tener las tierras de mi abuelo, sino porque quería ayudar, porque él ya está muy avanzado de edad y no quiero que le pase algo.

Yo quiero tener un buen trabajo y mantener a mi familia, pero mientras mi abuelo viva, lo seguiré ayudando. Hasta que él fallezca.



## REGIÓN DE O'HIGGINS

## LEYENDA DE DOÑA INÉS Y SUS CABRAS

Ignacio Andrés Palominos Cantillana (10 años)  
Escuela Municipal G - 496 Valdebenito  
Las Cabras

**Tercer lugar regional**

Hace muchos años atrás vivía por estas tierras de El Manzano Doña Inés. Ella era dueña de una gran cantidad de terrenos, por lo que se dedicó a la crianza de cabras. La Doña como era, tenía muchos criados, pero era muy tacaña con los alimentos y les daba muy poco a sus empleados, los que pasaban mucha hambre y penas.

Entre quienes trabajaban para ella había un viejito llamado Lorenzo, que un día empezó a robarse los quesos, el charqui y la leche que producían de la crianza de las cabritas y se los daba a los criados. Esto pasó durante un tiempo, hasta que ella lo descubrió. Como ella era muy enojona y cruel, mandó a matarlo. Este viejito aceptó su muerte muy tranquilo, pero antes de partir de este mundo le lanzó una amenaza a Doña Inés.

—Por mala, se te van a perder las cabras. Yo del otro mundo voy a venir a robártelas.

En eso una bala atravesó su corazón. Doña Inés, como era supersticiosa, lo mandó a quemar y a tirar sus cenizas por donde hoy es la cuesta de Quilicura, donde había una honda quebrada. Pasó un tiempo

y las cabras empezaron a perderse. La Doña mandó a más criados a vigilar, pero las cabras se perdían igual y mientras más guardias mandaba a cuidarlas, más cabras se perdían.

Un día pasaba por esos lados un sacerdote y Doña Inés le contó lo que le pasaba. El sacerdote le preguntó a Doña Inés si acaso no tenía nada que contarle, de cómo se había portado y, como a la Doña le dio miedo, le contó de la amenaza de Lorenzo. El sacerdote le recomendó que buscara sus restos y le diera cristiana sepultura y que, por sobre todo, cambiara su forma de ser y su actitud. Doña Inés, que algunas veces sí le temía a Dios, mandó a sus criados a hacer lo que el sacerdote le había recomendado.

Lorenzo fue sepultado en una tumba sin marca y sin nombre en el que es hoy el cementerio de El Manzano. Doña Inés dejó de ser tan mala y tacaña con los alimentos y los criados estuvieron más contentos, pero sucedió algo más extraño aún: en las noches de luna llena se ve a Lorenzo cuidando a las cabras, recordándole así a Doña Inés cómo debe actuar con su gente.



## REGIÓN DEL MAULE

## EL PARIENTE DEL HUESO

Valentina Constanza Martínez Jaque (13 años)

Escuela Peumo Negro del Maule

San Clemente

**Primer lugar regional**

Mis abuelos son de un lugar muy bonito pero lejano que se encuentra en San Clemente. Este lugar se llama Carretones. Recuerdo que desde pequeña mi papá me habló de don Chamorro y la historia decía de él que había nacido hijo de una pareja que hacía muchos años había vivido allá. Él nació con un problema de salud físico: se veía como *chuequito* y por eso sus padres no lo quisieron, lo abandonaron. Se crió a los pies de un cerro en una casucha muy pobre; allí creció solo y se alimentaba de lo que podía cazar y pescar.

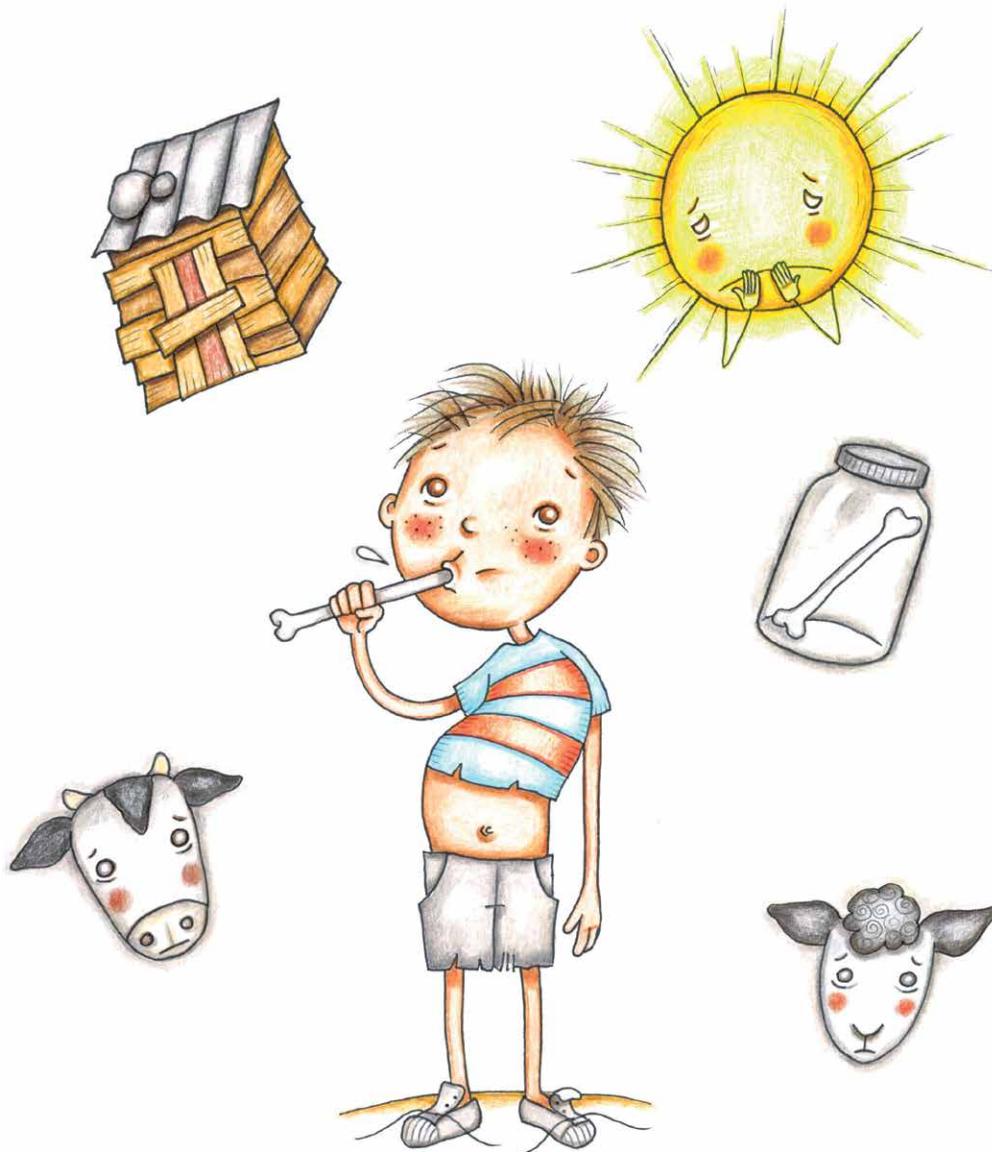
Mi papá decía que don Chamorro iba a ver los partidos de fútbol y las carreras a la chilena y siempre sacaba de su bolsillo un hueso que chupaba por largo rato y que luego volvía a guardar. Eso hasta que alguien le daba algo de comer o beber. Lo hizo por años.

Un día a mi tata le dio mucha pena ver cómo don Chamorro, que ya tenía 60 años, lo miraba comerse una empanada. Él le convidó y le preguntó si quería

trabajar en su casa. Le dijo que le daría un sueldo a cambio de que él cuidara de su ganado. Don Chamorro aceptó, así que le construyeron una casita al fondo del terreno que era pequeña, pero muy acogedora y calentita: tenía luz y agua, y sobre todo era limpia. Nunca dejó su hueso. ¡Era lo único que tenía!

Don Chamorro estaba feliz. Solo tenía que darles comida y agua a las vacas y ovejas. Con el dinero que le pagaban se compró por primera vez una cama en la que podía dormir como un niño. Así pasaron los años y siguió cuidando vacas y ovejas.

Un día se enfermó, porque ya era muy adulto. La gente de Carretones le tenía mucho cariño y lo visitaba en sus últimos días. Así, el día en que murió estuvo contento y se sintió querido. Hay una tumba con su nombre en el cementerio de Vilches, donde pusieron dentro de un frasco su querido huesito. Dicen que cada vez que don Chamorro tiene hambre, viene, lo chupetea y luego lo guarda en su frasco.



## REGIÓN DEL MAULE

## LOS SANTITOS DEL MAR

Estefanía Alejandra Andrades Pérez (10 años)  
Escuela Rural Carreras Cortas  
Chanco

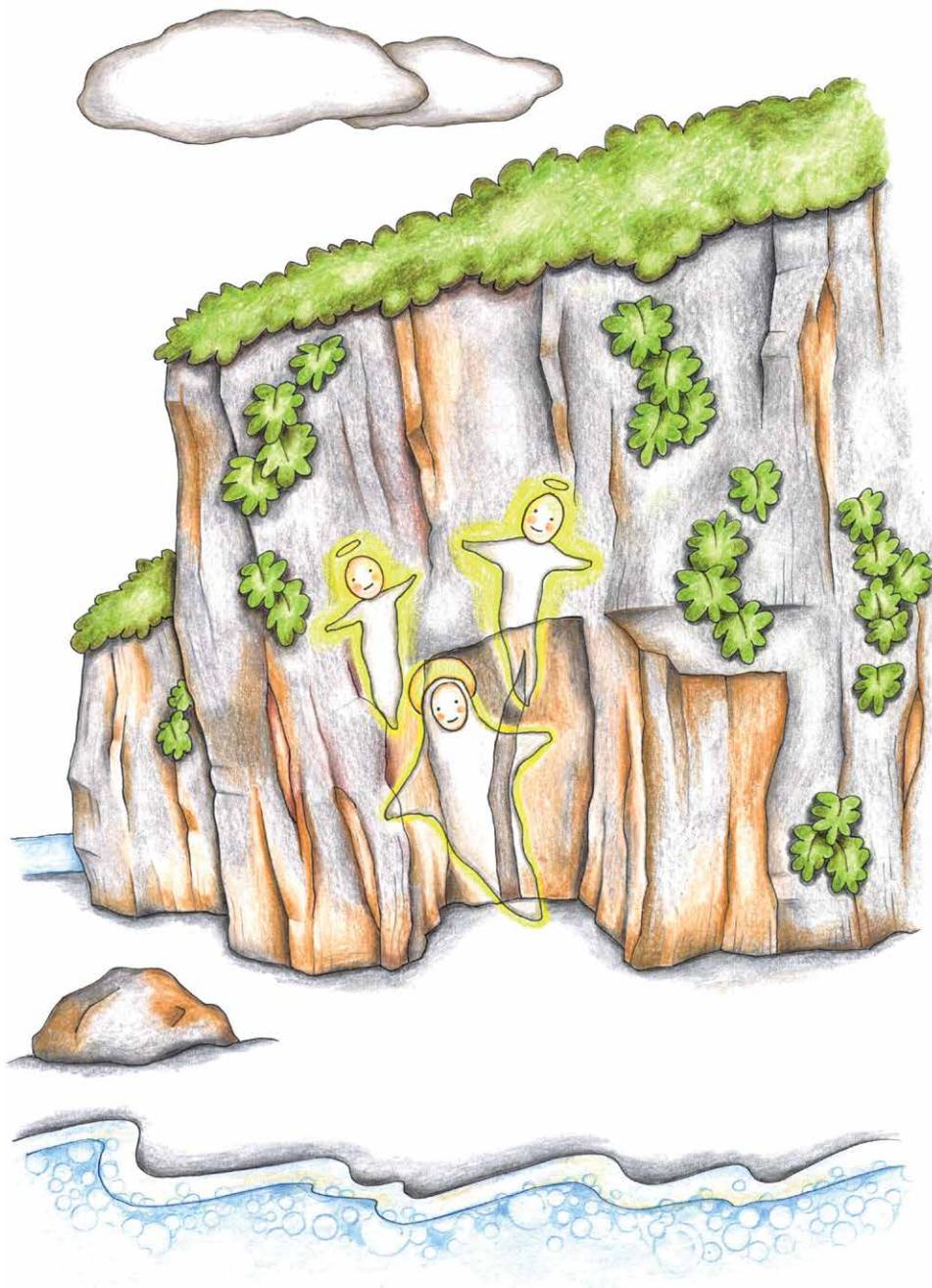
**Segundo lugar regional**

En un sector llamado Loanco hay una hermosa playa con enormes rocas donde habita una gran cantidad de lobos marinos que aúllan y saltan desde las rocas al mar. Es una playa muy tranquila, de un oleaje suave y arena de color plomo. Es muy agradable ir a visitarla, es un lugar muy acogedor. El primero de enero de cada año la playa es visitada por muchas personas que viajan de distintas localidades a vacacionar en este hermoso lugar y visitan a los santitos del mar que se encuentran ubicados entre las rocas.

Se dice que a las 16:00 horas se ven los santitos, cuando el sol da de frente hacia las rocas. Son muy milagrosos. Las personas les hacen mandas y todas son concedidas. La gente cree mucho en los milagros de estos santitos del mar. Es una tradición ya de todos los visitantes ir a la playa Loanco para ver a los santitos y pagar sus mandas. También, más al norte de la playa, está el faro Carranza, que cumple con la misión de dirigir las embarcaciones que pasan por esta playa. Ahí vive un señor marino con su familia. A los pies del faro se encuentra un río llamado Santa Ana, que es de gran profundidad. Las personas igual se bañan en el río, pero con mucha precaución, solo en la orilla.

La playa Loanco es una zona de pesca. Hay alrededor de ocho botes en la caleta. Los pescadores son personas de mucho esfuerzo y viven en el mismo sector; don Carlos Luna, un conocido pescador, tiene cuatro hijos, todos ellos pescadores, al igual que él. El padre de don Carlos se llamaba don Héctor Luna, un señor muy valiente. Un día de verano entró al mar en su bote llamado "La Sirenita" con ocho turistas. Frente al faro Carranza hay un barco enterrado en las profundidades. Se cuenta que venía de otras ciudades cargado con oro. Sobre el mar se ve una roca en forma de barco. Don Héctor les contó la historia del barco a los turistas y ellos se interesaron mucho en ir a visitarlo. Por eso siguió su viaje y se acercó al sitio. Todas las personas iban felices, pero al llegar se les terminó el combustible y ahí quedó el bote, dando vueltas. Llegó la noche y las personas estaban muy asustadas por unas inmensas olas que iban y venían golpeando muy fuerte la embarcación. Al día siguiente, andaba otro pescador y ayudó a salir a todas las personas que se encontraban con don Héctor. Todos quedaron muy agradecidos de que los fuera a buscar.

Una noche muy oscura del 27 de febrero de 2010, había muchas personas veraneando y disfrutando



de sus vacaciones en la playa Loanco. Tenían sus carpas armadas y otros estaban en casa de familiares a orillas de playa. Esa noche, a las 03:45 de la madrugada, sucedió un gran terremoto grado 8.8. Nadie entendía lo que estaba sucediendo. Todas las personas gritaban desesperadas. Caían cosas de las casas. También se cayeron casas muy antiguas de adobe y algunas personas quedaron sepultadas.

Los que estaban acampando en la playa regresaron a sus carpas a dormir, pero no más de 30 minutos después del terremoto sucedió un tsunami, saliendo con furia el mar y unas olas inmensas. Todos corrían y gritaban muy asustados. Unas personas de avanzada edad estaban dormidas en su casa a orillas de la playa y el mar se las llevó con casa y todo. Las demás personas arrancaron todas solo con su ropa puesta, lo perdieron todo.

Al otro día, ya de madrugada y aclarado el cielo, se podían ver en el mar botes destruidos, restos de zinc, madera, artefactos eléctricos y muchas cosas más que las olas habían tirado hacia afuera. Muchas personas llegaron al lugar para ver la desgracia que había pasado. Don Francisco Vásquez, un conocido señor agricultor muy buena persona, llegó en carreta con mucha ayuda para quienes habían sido afectados por el terremoto y tsunami. Todos estaban muy agradecidos del gesto que había tenido don Francisco. Luego regresó a su casa, donde lo esperaba su esposa María. Ella, muy triste, no sabía qué había pasado con su hija que vivía en Constitución. Entonces fue donde una vecina para que la acompañara a Constitución a buscar a su hija. La locomoción estaba muy escasa. Pasó un auto y las llevó. La señora María lloraba desesperada y pensaba lo peor. Luego de dos horas, llegaron.

La ciudad se encontraba destruida, era un pueblo fantasma y las personas andaban todas arrancando por los cerros. La señora María empezó a correr hasta llegar a la casa donde vivía su hija. Gritaba: “¡Anita! ¡Dónde estás, hija!”, pero nadie le respondió. Entró a la casa y siguió gritando, pero nada. Miró hacia el piso y ahí estaba su hija, sepultada bajo los escombros. La señora María se desmayó y la señora Mireya, su amiga, la abrazó y la trató de consolar. Llegaron personas, marinos y carabineros, sacaron el cuerpo ya sin vida de Anita y lo llevaron al gimnasio de Constitución.

Al día siguiente, día domingo, llegó su hermano Marcelo de Concepción y se encargó de la funeraria. Se veló el domingo en la noche y, como es tradición en el campo, el padre de Anita tuvo que matar un novillo para atender a toda la gente que había llegado a acompañarlos al velorio. Toda la familia estaba muy triste y los padres estaban destruidos por completo. El día lunes se realizó el funeral en la comuna de Chanco. Su hermano Marcelo dijo unas palabras de despedida en el cementerio antes de dar sepultura a Anita y dio las gracias a todas las personas que los acompañaron en esos momentos de dolor. Toda la gente que estaba en ese momento acompañando en el cementerio de Chanco lloró.

Los padres aún no asimilan la pérdida de su querida hija y todos los domingos le llevan flores al cementerio. Están muy agradecidos de su familia, que siempre los apoya. La familia está tranquila, porque encontró su cuerpo y sabe dónde descansa. En otras partes, como en Constitución, sin embargo, murieron muchas personas y nunca más aparecieron sus cuerpos. El mar se los llevó para jamás devolverlos. Jamás olvidaremos el terremoto y tsunami. Marcó muchas vidas por siempre.

## REGIÓN DEL MAULE

# LOS NIÑOS Y LOS TREILES

Camila Jacqueline Orellana Garrido (12 años)  
Escuela Básica Rural Santa Rosa de Lavaderos  
Maule

### Tercer lugar nacional

Había una vez unos niños que iban al colegio de su sector: era una escuelita muy tranquila y tenía cinco alumnos en total. Ellos tenían un terreno al lado de la escuela y los niños pedían permiso al profesor para ir al terrenito. Un día se encontraron con que unos treiles iban a ser padres: tenían tres huevitos. Poco después de nacer, se murieron dos treiles y quedó solo uno. Los niños iban todos los días a jugar con él.

En el terreno había un pozo muy profundo donde el treile se escondía. Un día no lo pudieron encontrar. Los niños salieron de vacaciones de invierno y semanas después, cuando entraron al colegio, se encontraron con el treile ahogado. Sus papás se habían ido de ahí.

Al otro año volvieron otros niños que no sabían que había treiles.



## REGIÓN DEL BIOBÍO

# EL VIAJE A TEMUCO

Matías Ignacio Alarcón Alarcón (13 años)  
Escuela Turquía G - 1218  
San Rosendo

**Segundo lugar regional**

Con mi papá despertamos muy temprano. Teníamos que hacer un flete. Enyugamos los bueyes, los pusimos a la carreta y partimos hacia la casa de don Mañungo. Su señora nos tenía huevos revueltos de desayuno. Comimos rapidito, porque debíamos cargar la carreta con las pipas vacías y después llenarlas con vino a baldes. A mí me tocó sostener el embudo. Era tan pesado que se me cansaban los brazos. Era de madera, igual que las pipas. Después mi papá amarró con cordeles y dejó bien apretadas y seguras las pipas. Hicimos un largo y lento recorrido hasta que llegamos a la estación de Turquía y dejamos la carga en la bodega. Era tan grande y fresquita.

Al día siguiente acompañamos al patrón a vender el vino. Esperamos el tren de las once, echamos las

pipas al tren y nos subimos, don Mañungo en el coche de primera y nosotros con mi papá en unos carros más atrás. Nos demoramos muchas horas en llegar a Temuco. Era ya muy tarde, pero comenzamos a entregar el vino en los lugares donde don Mañungo *tenía tratados* y después nos fuimos a dormir. Me pareció que recién había cerrado los ojos cuando nos tuvimos que levantar. Como le habían pagado a mi papá, fuimos a comprar muchas cosas para la casa. Don Mañungo también llevó una tremenda carga.

Regresamos contentos porque llegamos con regalos a la casa. Mi mamá nos dio once y yo le conté todo lo que habíamos hecho. Después nos fuimos a dormir.



## REGIÓN DEL BIOBÍO

# LA LEYENDA DEL ROBLE

José Antonio San Martín Alvear (14 años)  
Colegio San Diego de Alcalá  
Tucapel

### Tercer lugar regional

Esta historia que me narraron ocurrió después de que Trentren lograra vencer a Caicai Vilu. Cuando las personas empezaron a bajar a los nuevos valles formados por la pelea de las dos serpientes, descubrieron que especies de las plantas que normalmente utilizaban, se habían extinguido por culpa de la subida de las aguas; en especial un árbol llamado *mawenku*, que ellos usaban mucho por sus frutos y por su madera, que les servía para construir sus casas. Trentren se compadeció de la gente y pudo recrear todas las plantas destruidas, excepto el *mawenku*, una planta que había aparecido mucho antes de que él existiera, así que no sabía cómo replicarla.

Los meses pasaron hasta que llegó el frío y duro invierno de la zona centro-sur de Chile. Por la falta de la buena madera del *mawenku*, la gente apenas pudo sobrevivir en sus viviendas. Además empezaron a sentir hambre, porque en la época de la transición de la primavera al invierno encontraron muy pocos alimentos. Al ver la aflicción, hambre y

desesperación de la gente, Trentren intentó recrear el *mawenku*, pero fue en vano. Hizo múltiples intentos, pero ninguno quedaba exactamente igual al árbol que la gente solía utilizar en esa época.

Un día a Trentren se le ocurrió una idea: en vez de tratar de recrear el *mawenku*, crearía un nuevo árbol que le sirviera a la gente para sus viviendas y para alimentarse. Entonces empezó a crear. Después de muchos intentos, llegó a uno que tal vez les podría parecer bien a las personas. Cuando se los mostró, a ellas les pareció muy bien el árbol, dada su buena madera y su fruto, que era un hongo comestible de muy buen sabor. Trentren se alegró mucho de saber que les había gustado. Entonces les dijo a las personas que el árbol pasaría a llamarse "roble" y su hongo comestible, "digüeñe". Dicho esto, Trentren esparció las semillas del roble por casi toda la zona del centro-sur de Chile, con ayuda de las aves y los vientos. Desde ese momento este árbol ha existido en Chile por muchas generaciones.



## REGIÓN DEL BIOBÍO

# DÍAS DIFÍCILES

Alexis Hernán Garrido Mariguan (10 años)  
Liceo Agroindustrial Llano Blanco  
Los Ángeles

### Mención honrosa

**M**i abuela me contó que su infancia había sido muy difícil y triste, ya que su mamá falleció al cumplir ella un año de vida, por lo que desde ese día estuvo al cuidado de una tía, la cual no le daba cariño. Al contrario, solo recuerda haber vivido días muy duros y tristes a su lado. Me comentaba que no le compraban ropa ni zapatos.

Desde pequeña la enviaron a cuidar las ovejas en las colinas cercanas a la cordillera, donde debía cumplir estas labores a *pies pelados*, pasando hambre y frío. Recuerda la falta que le hacía su mamá en esos momentos marcados por la tristeza y soledad, en los que su único consuelo era el llanto que salía del alma por pasar tanta hambre y frío en las cordilleras del Alto Biobío.

Cuando al atardecer volvía a la casa de su tía, no le daban nada de comer y ella buscaba a escondidas algo para quitar el hambre, incluso el pan duro era lo más delicioso para ella. Pese a esos momentos de dificultad, pudo salir adelante.

Nunca fue al colegio, no existía esa posibilidad para ella, ya que debía colaborar en las labores del campo. Todo esto marcó su vida. Siendo una jovencita de tan solo 15 años fue mamá y desde entonces formó su propia familia junto a mi abuelo. Tuvieron ocho hijos y les dieron la educación que pudieron a cada uno de ellos. Uno de ellos es mi madre, a quien dedico esta historia de vida.



## REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

EL TERREMOTO DE 1960 EN PU BUDI, MI LUGAR<sup>1</sup>

Tamar Acenat Malo Malo (10 años)  
Escuela Diego Portales  
Puerto Saavedra

**Primer lugar regional**

Me contó mi abuelito las cosas que sucedieron en Puerto Saavedra y también en mi comunidad llamada Pu Budi para el maremoto de 1960. Me dijo que en aquella ocasión él junto a su hermano venían *de a caballo* en un lugar llamado Boca Budi cuando comenzó a temblar muy fuerte; entonces el mar comenzó a entrar al lago Budi. Para poder continuar tuvieron que pasar a nado, montados en sus caballos. De ahí dijo que temblaba tan fuerte que tuvieron que bajarse de los caballos, porque les daba mareo y los tuvieron que llevar tirando. Así subieron los cerros grandes que hay a la orilla del mar, llenos de arena.

Cada vez temblaba más fuerte y parecía que estaban ebrios de vino. Cuando llegaron a la cima del cerro mi abuelito dijo que el mar se había recogido muy hacia dentro. Se vieron muchos esqueletos de barcos que tiempo atrás habían quedado varados en la orilla. Dijo que estaban en hileras. Continuaron camino a casa y una vez que llegaron notaron que sus familiares estaban todos en el cerro, muy asustados porque para ellos esto era nuevo. En aquel tiempo no había radio, menos televisión ni ningún

medio de comunicación en el campo de nuestras comunidades.

Dijo mi abuelo que el mar había salido con mucha fuerza por el lugar que se llama el Cerro de la Mesa. Él pasó por el estero de Pu Budi y el mar salía a chiflones por las cuevas de los camarones y por los pozos de agua. También hacia Collileufu salió el mar; allí pasó a buscar una ruka entera y se la llevó hacia el lago Budi. Encima de la ruka de la familia Huaiquian iba un gallo cantando. En las vegas de Deume también salió el mar. Allí mucha gente perdió su terreno, porque quedó bajo el agua hasta hoy.

Mi abuela, que en ese tiempo habitaba en Puerto Saavedra, dice que cuando comenzó a temblar cada vez más fuerte, la gente tuvo miedo y se fue al cerro y del cerro veía cómo el mar se recogía lentamente muy hacia adentro. Entonces dio lugar para que la gente arrancara hacia los cerros, pero no toda la gente arrancó. Cuando el mar salió con toda su fuerza, se llevó muchas casas que había en Puerto Saavedra y la gente que no arrancó simplemente murió con la gran ola.

---

<sup>1</sup> Este cuento fue adaptado para el libro "Me lo contó mi abuelito". La versión original fue publicada en la "Antología 2015".

En la ahora llamada escuela San Sebastián, antiguamente perteneciente a las monjas, hubo dos monjitas que no quisieron arrancar. Una vez que venía la ola tuvieron que subir al techo de la escuela y se quedaron ahí mientras pasaba el maremoto. Ambas monjas se salvaron, ya que el edificio resistió.

Una vez que pasó el maremoto, vieron el desastre que este había causado: todas las casas estaban en los canales que había en ese tiempo, estaba todo destruido. Antes había muchos negocios grandes

en Puerto Saavedra, había bancos, había un puerto, por lo mismo se llama Puerto Saavedra, pero todo eso se perdió con el terremoto y maremoto. Quedó muy baja la costa y no pudieron hacer nuevamente el puerto. Puerto Saavedra era puerto, ahora solo es "Saavedra".

Mi abuelito me contó esta historia. La he escuchado de distintas maneras, pero en todas se siente el dolor de los trágicos hechos que pasaron acá en mi comunidad.



## REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

## LA PIEDRA EMBRUJADA

Josué Eduardo Adolfo Reydet Roldán (11 años)  
Complejo Educacional San Agustín  
Lican Ray, Villarrica

**Segundo lugar regional**

Hace un tiempo atrás, cuando era más joven y tan solo tenía nueve años, en casa de mi bisabuela Florinda —tengo la fortuna de tenerla aún y paso algunas tardes con ella— solía acomodarme entre sus piernas, o me ovillaba a sus pies como un gato a escuchar sus relatos de tiempos pasados. Hay uno que no puedo olvidar, porque le ocurrió a ella al cumplir los diez años, y yo los cumplo exactamente en un mes, con un día y una hora más. Aún recuerdo en el relato que ella comenzaba así:

«Mijita, hace muchos años atrás, el día de mi cumpleaños número diez, mi madrecita me arregló bonita, con mis mejores pilchas, *pa'* ir a Curihue, que queda al otro lado del Lago Calafquén. Iba a conocer a la parentela de mi padre, que había muerto trágicamente apenas yo nací, razón por la cual su familia era muy lejana para mí; tanto que recién entonces, a los diez años, la iba a conocer.

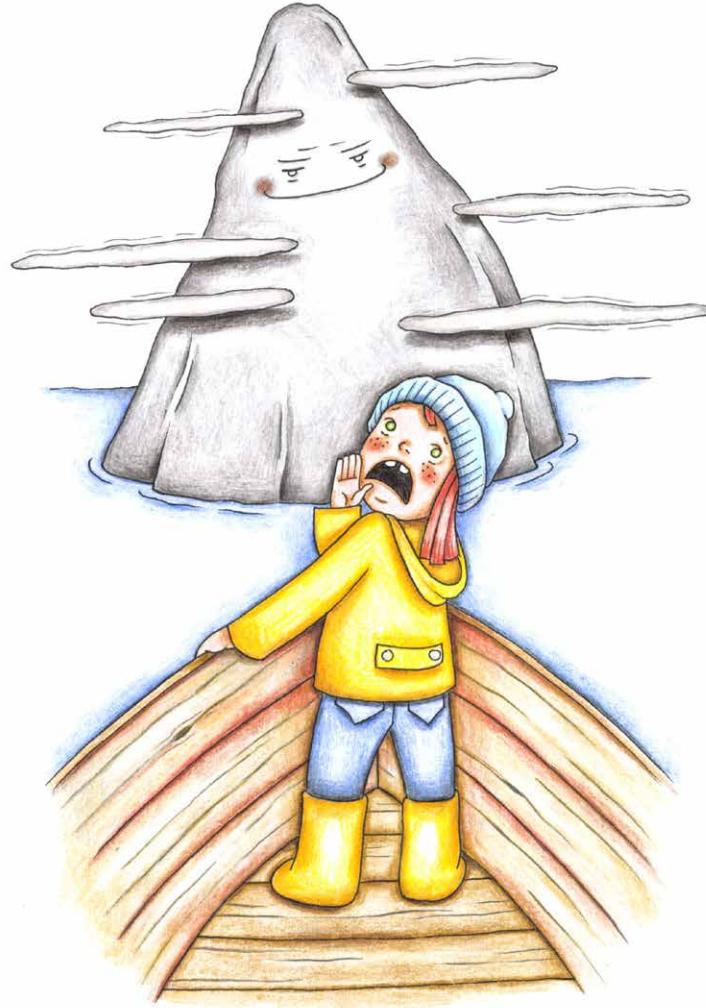
»Ese día el Lago Calafquén estaba tranquilo, su azul intenso se confundía con el cielo. Para cruzar debíamos subirnos a una pequeña barcaza llamada "Rayén", que transportaba tanto personas como sacos de papas, gallinas y las infaltables garrafas de vino. Yo, curiosa, quise irme sentada en la parte delantera de la barcaza. Cuando íbamos en medio

del lago, entre las tres islas y la península, comenzó a levantarse de la *na* una niebla densa, muy densa. Perdimos de vista hasta las islas. Mi asustada madrecita me llamaba para que saliera de ahí, para que volviera a su lado, pero algo me detenía, una fuerza. De pronto alguien gritó: "¡Cuida'o que por aquí 'tá la *mentá* Piedra Bruja!". Yo con mi curiosidad no me escondí como los demás, seguí ahí, firme. De pronto la vi: era una roca como cono de volcán, que sobresalía unos dos metros sobre el lago. Estaba a solo metros de nosotros, no sé de dónde me salió una voz tan fuerte. Sin más, grité: "¡Cuidado! ¡La Piedra!". Don Crecente, el que manejaba la barcaza, la alcanzó a esquivar, lo que nos salvó la vida.

»Al bajarnos en Curihue todos me miraban, se persignaban y se iban. Una anciana se acercó a mi madre y le dijo: "Cuide a la niña, ella tiene un don". Me hizo la señal de la cruz en la frente y se alejó mientras se persignaba. Mi madre, al ver mi cara de sorpresa, me explicó que desde hacía muchos años nadie había podido ver la Piedra, menos a tan corta distancia y que durante años se habían producido hundimientos inexplicables de botes y barcasas que divisaban la Piedra desde la orilla. Cuando llegaban al lugar ya no veían ni rastro de ella. Por eso el nombre, por eso bruja».

Mi bisabuela Florinda dice que durante mucho tiempo fueron a su casa a consultarle por la Piedra antes de atravesar el lago. O la invitaban cuando se inauguraba una barcaza nueva. Pero todo quedó en el olvido cuando el Gobierno comenzó con los caminos y carreteras; ya no hubo necesidad de

atravesar el Calafquén en botes o barcazas. No sé si al cumplir yo los diez años veré la Piedra Bruja, pero tengo claro que ese día —o sea en un mes, un día y una hora— quiero que mi regalo sea un paseo en bote al Calafquén, ojalá al atardecer, acompañada de mi bisabuelita. Ambas con la mirada fija hacia el horizonte.



## REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

## UNA ÉPOCA DE MUCHO FRÍO

Matías Nicolás Carreño Rodríguez (8 años)  
Escuela San Pedro la Barra  
Toltén

**Tercer lugar regional**

Me cuenta mi abuelito Arturo que en su época de antes, cuando él era un niño y salían a la pesca del róbalo, había grandes temporales de viento y lluvia. Ellos llevaban sacos para protegerse, los que usaban como trajes de agua. Así se cubrían de la lluvia y el frío. No usaban botas de goma como las que se usan hoy, sino que iban *a patita pelada* y con los pantalones arremangados hasta las rodillas. Después de volver de la pesca, se iban sin zapatos a la escuela. Algunos con más platita usaban zuecos; los demás *a patita* nomás.

—Caían grandes heladas y usábamos piedras blancas, las que calentábamos en el fogón un poco y usábamos como guateros; nos las poníamos en las chombas y así podíamos calentarnos las manos y luego los pies, los que casi ni sentíamos por el frío. Me acuerdo también que mis primeros zapatos me los compró mi hermano mayor, el Nono.

Mi abuelo siempre nos contaba que sus pies se le partieron con tanto hielo.



## REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

## EL PUMA BUENO PA' L VINO

Rafael Martín Caniullan Milla (10 años)

Colegio Ayün Mapu

Teodoro Schmidt

**Mención honrosa**

Cuenta mi mamá que antes mucha gente de la novena región viajaba a Argentina a trabajar. Mi abuelo lo hacía: iba a trabajar y de allá traía muchas ovejas que ganaba cuidando estancias en Argentina. Él se iba por unos dos años y después regresaba a Chile. Conocía los pasos para atravesar la cordillera y la temporada más adecuada para realizar los viajes. Mi madre cuenta que este gran sacrificio que mi abuelo hacía era bueno, ya que aquí no había dónde trabajar; al menos a él lo apreciaban mucho y lo recibían sin problemas. Así es que mi abuelo traía animales y dinero. Las ovejas las traía arriándolas, se demoraba mucho tiempo en llegar acá a Guiñimo.

Sucedió que un día de verano viajó nuevamente a trabajar a la Argentina. Llevaba *roquín* o comida para el viaje y siempre llevaba una cantimplora con agua y otra con vino. Un día, mientras descansaba en un lugar con muchos árboles espesos donde no pasaba ni siquiera la luz del sol, acomodó sus cosas después

de darle agua a su caballo y encendió un fueguito para calentarse y comer un poco... *cuando en eso* apareció un enorme puma. Mi abuelo se dirigió al animal y le dijo:

—No estoy aquí para molestarte, voy a trabajar a la Argentina para poder llevarle comida y alimento a mi familia que es muy pobre.

El puma fue rápidamente y tomó la cantimplora que justo era la que tenía vino. Le puso sus grandes colmillos y chupó y chupó el vino hasta que se lo tomó todo. Al poco rato se ladeaba de un lado a otro hasta que al fin cayó y se durmió. Mi abuelo cuenta que esa noche durmió muy tranquilo, ya que tenía un inmenso puma al lado suyo, durmiendo.

Al día siguiente, apenas aclaró un poco, mi abuelo tomó sus pocas cosas que llevaba y se puso en marcha rumbo a Argentina arriba de su hermoso caballo, mientras el puma seguía durmiendo.



## REGIÓN DE LOS RÍOS

## EL AÑO DEL SOL

Matilde Paz Arriagada Leyton (8 años)  
Colegio Nuestra Señora del Carmen  
Valdivia

**Primer lugar regional**

Mi abuelita me contó que en Chiloé llueve mucho; y es verdad, porque siempre que volvemos con mi mamá y mis hermanas está lloviendo. Pero mi abuelita me dijo una vez que hace como cien años o más, hubo un tiempo en el que hizo mucho calor en esta isla. Esta historia se la escuchó mi abuelita a otras personas del campo, cuando recordaban la historia de sus comunidades. Me dijo que ese período se llamó el "Año del Sol", porque no llovía y la gente que no estaba muy acostumbrada sufría mucho con el sol y el calor. Entonces tuvieron que esconder bajo tierra sus alimentos para que duraran. Generalmente

los guardaban en sus casas, porque en ese tiempo no había refrigerador como ahora. Por ejemplo, bajo tierra guardaban la carne que ahumaban. También guardaban el trigo, que molían con piedra de moler. Otra cosa que tenían que guardar eran los huevos. Los ponían en unos tarros con cal, con eso no se echaban a perder. También mi abuelita decía que la mantequilla que hacían la guardaban en vejiga de animal. Todas esas cosas tenían que esconderlas en unos hornos bajo la tierra, para que no se echaran a perder con el sol. Así dicen de ese "Año del Sol" en Chiloé.



## REGIÓN DE LOS RÍOS

## EL CAMPESINO Y LA GALLINA

Andrés Alexis Mansilla Maldonado (14 años)

Lago Ranco

**Segundo lugar regional**

Este era un campesino llamado Juan y su esposa, llamada Juana Rosa. Ellos vivían en un parcelita chica del campo y tenían muchos animales: gansos, gallinas, chanchos, un par de vacas y dos corderos.

El campesino Juan se levantaba temprano, todos los días a las cinco y media de la mañana, porque tenía que ir a *lechar*, a separar a los terneros de las vacas y luego llevar un poco de leche a la casa para tomar desayuno con su viejita Juana Rosa. Como siempre en el campo, las personas tienen un animal favorito: a Juana Rosa le gustaba una gallina rojiza muy linda, según ella. El animal que más quería Juan era un cordero al que él llamaba "Lindo Lindo".

—Ya viejo, hoy cocinas tú. Sorpréndeme con una rica cazuela —le dijo un día su viejita. Entonces don Juan pensó y pensó y decía en su mente: "qué animal puedo matar...". Se acordó que a su esposa le encantaban las cazuelas de gallina.

Entonces, al otro día, se levantó a las cinco y media de la mañana. Estaba oscuro todavía y no se distinguían bien las gallinas. Él pescó una que estaba gordita. Después, cuando ya la había matado, se dio cuenta que era la gallina preferida de su esposa. Se asustó mucho, porque pensó que ella lo regañaría,

pero como ya estaba hecho, siguió preparando la cazuela. A escondidas peló la gallina y decidió no decir nada de lo sucedido.

Luego de probar la cazuela, su esposa le dijo:

—Está muy rica, viejito.

—Eh... sí, sí. Gracias, viejita —le respondió su esposo, muy nervioso. La esposa lo notó extraño y le preguntó por qué estaba así.

—Viejita, maté a tu gallina favorita. Esa rojiza, la Linda Linda —le dijo él, muy triste.

—Pero viejo, ¿cómo pudiste matar a mi gallina favorita? —le dijo ella, sorprendida—. Me tendrás que comprar otra... y mucho más linda.

Juan aceptó y se tranquilizó un poco, ya que Juana Rosa no se enfureció tanto como él pensaba. Al otro día, tomó rumbo a la ciudad para comprar una gallina. En la ciudad, andaba *todo perdido* porque nunca iba. Entonces le preguntó a una persona que andaba en la calle:

—Oiga, *‘eñora*. ¿A cuántos potreros venden gallinas por aquí?

La señora, sin entender mucho, le dijo, quizás para burlarse de él:

—Unos cuatro potreros más allá.

El campesino Juan anduvo tres horas perdido y preguntando, hasta que por fin logró encontrar un

lugar donde vendían gallinas. Escogió una gallina supuestamente linda, pero en realidad era un tanto fea.

Al llegar a su vieja granja, le mostró la gallina a la Juana Rosa y ella le dijo:

—Pero viejo, esa gallina es la más fea que he visto. Mejor matémosla, hagamos una rica cazuelita y olvidemos este percance.

Ese día almorzaron una cazuela de la gallina más fea.



## REGIÓN DE LOS RÍOS

## EL CAMPESINO

Cristian Alexis Pinuer Neira (14 años)

Liceo Ricardo Fenner Ruedi

La Unión

**Tercer lugar regional**

Había una vez un campesino tan pobre, que ni siquiera le alcanzaba para mandar a sus hijos a estudiar. Por lo tanto los hijos, que eran cuatro, le ayudaban al campesino llamado Juan. Los niños se llamaban Óscar, Sebastián, Carolina y Constanza.

Un día salieron a caminar y encontraron a otros niños que iban a la escuela. Les preguntaron a dónde iban.

—Nos dirigimos a estudiar. ¿Y ustedes no van a la escuela? —les dije a los niños.

—¿Qué es una escuela? —preguntaron los hijos de Juan.

—Una escuela es una casa grande donde hay salas de juegos y también uno va a aprender a leer y a escribir —respondieron los otros.

Los hermanos volvieron a su casa y le dijeron a su papá que querían ir a la escuela. El papá les dijo que no podían y los niños le preguntaron por qué. Así que él les respondió que no tenía suficiente dinero como para llevar a los cuatro a la escuela. Los niños le contestaron que ellos podían trabajar para tener dinero y costearse ellos mismos sus propios gastos.

De este modo, los cuatro hermanos fueron a pedirle a la profesora que estaba encargada de la escuela que los aceptara y que ellos le ayudarían en lo que quisiera. La profesora les dijo que podían entrar, pero que el padre debería hablar con ella.

Los niños regresaron a su casa y le rogaron a su padre que fuera a la escuela. Así que fue y le planteó su situación a la profesora. Luego de escuchar, la profesora les dio una beca a sus hijos, para que pudieran estudiar. Los niños quedaron felices. Todos los años obtuvieron muy buenas calificaciones.

Después de veinte años salieron de la universidad, cada uno con un título: Óscar y Carolina estudiaron medicina, Sebastián se tituló de profesor y Constanza siguió la carrera de actuación.

Después de un tiempo los chicos volvieron a sus tierras a visitar a su papá. Le regalaron una casa y un auto y lo trataron como un rey durante todos los años que siguieron. Sebastián pasó a ser el profesor del pueblo donde vivía, se casó con una chica del sector y fueron muy felices por siempre.



## REGIÓN DE LOS LAGOS

## EL ECLIPSE

Vicente Patricio Antrio Illanes (10 años)  
 Colegio Técnico Profesional Misión San Juan de la Costa  
 San Juan de la Costa

**Segundo lugar regional**

En una noche de frío invierno, mientras mis abuelos tomaban mate, nos sentamos junto al brasero a hacerles compañía. El viento golpeaba la ventana y a través de las rendijas se podía sentir la brisa húmeda y fría que helaba nuestros cuerpos. La viejita echaba hierbas, harina tostada y hojas de laurel al brasero para que el temporal acabara. Es así como en la oscuridad de la noche nos contaban muchas historias y esta me la contó mi abuelita.

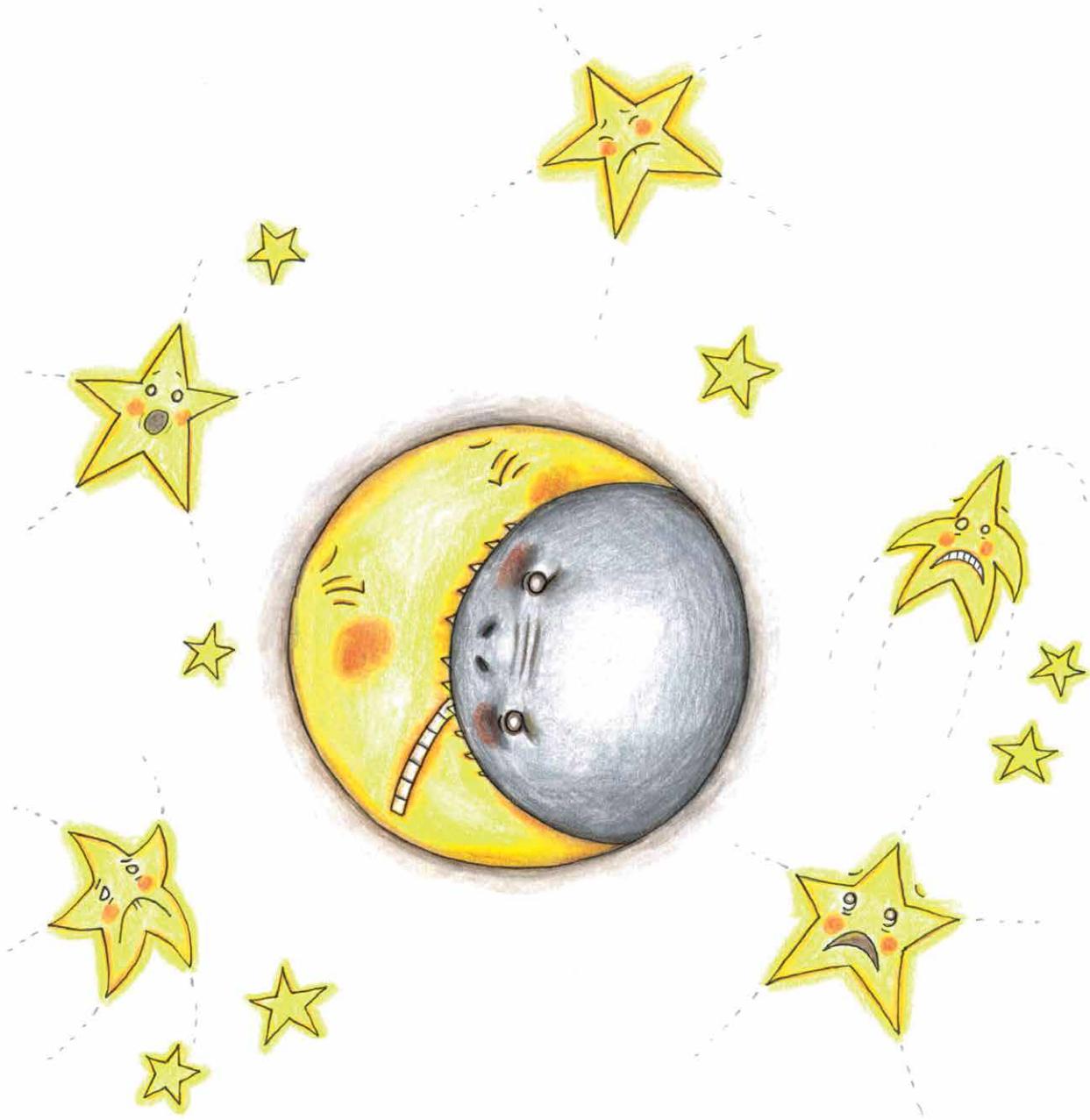
«Cierta noche, cuando el cielo estaba muy estrellado y la luna brillaba en su máximo esplendor, pasó algo inesperado: un monstruo maligno se apoderó de la reluciente *Ñuke Ale*<sup>1</sup>. Era un monstruo oscuro que la devoraba poco a poco. El Taita dijo: "A ese espíritu devorador de luz hay que espantarlo. Ayudaremos

a la luna dándoles golpes a las casas con el fin de provocarle miedo".

»Todas las familias se reunieron esa noche: niños, jóvenes y mujeres rezaban al *Chao Dios* haciendo ofrendas de *cachillahues*<sup>2</sup>. Los ancianos golpeaban sin cesar con sus bastones las esquinas de las casas. El ruido se oía por todos lados. Poco a poco el monstruo se arrancó, dejando ver la luz. Fue la noche más oscura. Sin embargo, fue la de mayor unidad y solidaridad, ya que todos colaboraron con sus oraciones y ruidos para espantar al monstruo devorador de luz. Sus esfuerzos se vieron recompensados con una *Ñuke Ale* que recuperó su resplandor. Los abrazos y la alegría fueron enormes en las familias. Aquella noche el trueno y el temporal habían cesado».

1 *Nuke Ale*: Luna (nota del autor).

2 *Cachilla*: Trigo (nota del editor).



## REGIÓN DE LOS LAGOS

## LA SIEMBRA DE PAPAS

César Ignacio Martínez Vargas (12 años)

Escuela Rural Los Arces

Maulín

**Tercer lugar regional**

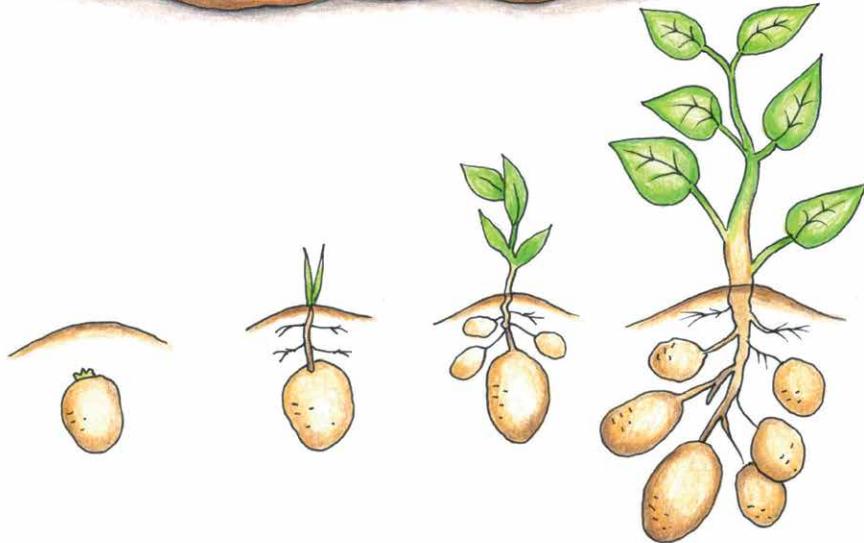
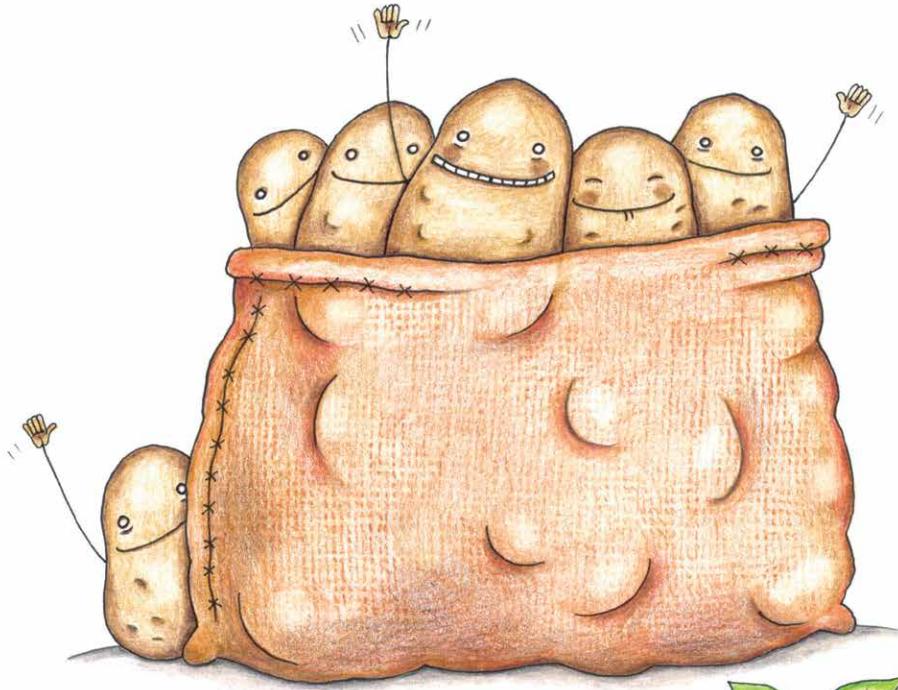
Cuenta mi abuelito que cada año siembra papa para poder vender, comer o alimentar a su familia. Lo primero que hay que hacer es *enyugar* los bueyes y poner el carretón y cargarlo de abono para botarlo en el *chancado* que se hace para sembrar. Después hay que ir a buscar los sacos de papa en el carretón para dejarlos en el *chancado*. Luego de que está todo listo, dice que se siembra papa el primer fin de de semana de octubre. Cuando uno empieza a sembrar debe pasar el arado una vez y entonces comenzar a poner las papas. Si las semillas son muy pequeñas, deben ir poniéndose de a dos; y si son muy grandes, deben ir de a una.

Cuando ya está hecha la primera corrida, pasan el arado tres veces y en la última vuelta se vuelven a poner más papas y así hasta que se terminan o se termina el *chancado*. Cuando ya han pasado dos meses, se ve que empieza a salir un pasto que se llama "pasto paloma". Cuando las papas empiezan a brotar, o cuando empiezan a salir los primeros tallos, hay que regar con un líquido para quemar ese pasto, porque si no se riega con ese líquido el pasto tapa toda la siembra o los animales se meten a comer adentro y pisan los tallos de las papas y los rompen, por lo que puede que las papas no tengan mucha fuerza para crecer.

En la última *melga* se pone una cruz o unas papas para engañar a las malas vibras y a los brujos. El

arado debe ir *sujetado* por una cadena más o menos larga, para poder distanciar los bueyes con el arado, porque si la cadena es muy corta, la punta del arado puede chocar con las patas de los bueyes y el guiador puede ser chocado o aplastado por los animales o el arado. También la cadena debe ser *sujeta* por una cosa que se llama "traba" que va puesta en el yugo. El yugo tiene una hundida de diez centímetros en el centro donde va la traba. La traba puede ser puesta en cualquier extremo o se puede poner en el lugar del buey que tenga más fuerza para que el arado se entierre con mayor fuerza. Al ponerlas en la tierra, las papas deben ser tapadas con abono de corral o abono de ciudad, pero es mejor sembrar con abono de corral porque les da mejor fuerza y más proteínas o más fortaleza para poder crecer.

Las papas salen grandes cuando no cae tizón. El tizón es una llovizna que hace parecer que afuera estuviera todo blanco. Las papas no crecen, porque están quemadas por dentro. Cuando uno saca papas debe escarbar con el *gualato* hasta abajo, porque cuando empiezan a granar debajo de la tierra, la raíz se entierra hacia abajo. Cuando se siembran las papas chicas, la distancia debe ser la del porte de un pie. Cuando uno riega papas puede ser con una mochila o con un canasto; la mochila se pone al pecho y así uno va regando las papas hasta terminar.



## REGIÓN DE AYSÉN

## LOS CHOCHOS AMARILLOS

Beatriz Helena Arregui Contreras (10 años)

Colegio Santa Teresa de los Andes

Aysén

**Segundo lugar regional**

Había una vez una niña llamada Emilia que vivía en Puerto Aysén. Ella era muy hermosa, pero se caracterizaba más por su lindo cabello de color amarillo. Un día, los papás de Emilia la llevaron a Coyhaique para celebrar su cumpleaños, pero justo ese día estaba lloviendo muy fuerte y había mucho viento.

Cuando estaban a punto de llegar, en una curva la rueda del auto se resbaló y chocaron contra una roca. Emilia salió disparada por la ventana del auto y cayó en el pasto mojado. Luego de unos pocos segundos, en la parte donde había caído Emilia se empezó a abrir poco a poco la tierra hasta que se formó un gran hoyo que absorbió a la niña y luego

se volvió a cerrar. Cuando dejó de llover y todo se calmó los padres, desesperados, bajaron para buscar a su hija, pero por más que buscaron no la lograron encontrar. Los padres pisaron justo encima de donde había sido absorbida Emilia y comenzaron a llorar desesperadamente. Sus lágrimas cayeron encima de la tierra.

Luego de un rato, cuando los padres ya se habían ido, comenzó a crecer una hermosa flor llamada chocho, que era especial porque era de un lindo color amarillo. Dicen que todos los años, en la fecha del cumpleaños de Emilia, la flor crece más y más. Esto me lo contó mi abuelito.



## REGIÓN DE AYSÉN

## UN PEQUEÑO PANAL DE CURIOSOS

Jasmin Elena Barrientos Yáñez (14 años)

Colegio Antoine de Saint Exupery

Coyhaique

**Tercer lugar regional**

Era una mañana calurosa, como siempre. Desperté feliz, ¡era un gran día! Debía viajar e irme a vivir lejos, a la casa de la abuela. Ella era de Coyhaique y yo de Osorno. Después de varias horas de viaje y aburrimiento, al fin llegué. Eran como las nueve de la noche así que tomé un baño y dormí como nunca antes.

Al día siguiente llegaron mis primos a casa de la abuela y estuvimos todo el día juntos. Más tarde, la abuela nos contó varias historias. Entre ellas, una sobre un árbol que se ubicaba en la región; a mí me pareció muy interesante, al igual que a mis dos primos. Ahí fue cuando decidimos que al día siguiente nos reuniríamos para averiguar más sobre ese árbol.

Al otro día, echamos en un diminuto bolso lo necesario para salir a averiguar: dinero, un lápiz, sándwiches por si llegábamos tarde y una libreta para tomar apuntes. Salimos a tomar un taxi y nos dirigimos a la biblioteca municipal. Buscamos entre libros y libros algo que resultara útil para saber más sobre ese árbol tan interesante, hasta que al fin encontré algo verdaderamente necesario. Observé con ansias la portada del libro durante unos

segundos. Era muy llamativa: tenía letras grandes y brillantes que decían: “El árbol de Eva, un tesoro en nuestra región”. Observé a mis dos primos, que al parecer estaban igual de ansiosos que yo. Sus ojos se habían agrandado y brillaban ante la presencia de aquel libro. Tomamos asiento y comencé a leer. La historia nos llevó a otra y esa otra, a otra. Todo esto nos permitió conocer más sobre la región y fue verdaderamente interesante. Había llegado la tarde y se oscurecía cada vez más, así que tomamos nuestros sándwiches y los devoramos como perros callejeros. Después de eso volvimos a casa y decidimos que iríamos a la mañana siguiente a averiguar nuevamente. Había sido muy agotador indagar sobre el árbol.

Al día siguiente, le preguntamos todo lo que se nos vino a la mente sobre el árbol de Eva a la abuela, total ella tenía paciencia para aguantar los desórdenes y *preguntaderas* de sus nietos, y eso que éramos muchos. Como decía mi tío Ian: “más de tres son multitud.” Pero nosotros éramos nueve, por tanto éramos como un panal de abejas o, más bien, una plaga de hormigas. El árbol de Eva estaba en un lugar precioso ubicado en la Carretera Austral, en el sector de Puyuhuapi. Tenía vista al mar y era



todo un privilegio de la Patagonia. Existe solo en tres países del mundo y este es el único en Chile, “además de estar protegido por Conaf y todo Chile”, repetía mi abuela cada vez que se le preguntaba. Yo me entusiasmaba siempre con esas historias y todo me llevaba a investigar cosas. Decía la gente que yo era una niña muy inteligente, pero yo no creo eso, porque al final la gente miente constantemente: hasta yo le he dicho mentiras a Luke, mi perro. En fin, con mis dos primos le *pataleamos* toda una hora a todos los que estaban en casa de la abuela, ya que tenían automóviles, para ver si alguno se apiadaba de este panal de curiosos y nos llevaba a conocer el árbol de Eva. Como ninguno *nos dio pesque*, comenzamos a contarles sobre ese increíble árbol y el asombroso lugar en el que se encontraba ubicado. Mientras, mi abuela sostenía su risa. Finalmente, mi tío Facu dijo que nos arregláramos ya que nos llevarían a conocer el famoso árbol ese. Estaba tan emocionada que las ansias me devoraban y sentí que podría haber sonreído de oreja a oreja todo el día.

Yo me imaginaba ese árbol. Pensaba en que tendría hermosas florecillas azules y un tallo grueso y que mediría quizás cuántos metros. Me imaginaba los rayos del sol iluminando aquel árbol y piedrecillas doradas a su alrededor y que estaría adornado por largas ramas con unas inmensas hojas de un color tan verde que harían juego con el bosque.

Fueron aproximadamente unos 350 kilómetros de viaje. Al llegar, mi tío Facu estacionó el vehículo y con mis primos salimos disparados hacia el lugar. Ahí se encontraban dos gringos varados apreciando la belleza del árbol. Fue allí cuando nos comenzaron a contar por qué el árbol de Eva se encontraba protegido por árboles milenarios. Después de que los gringos nos explicaron todo el enredo ese de los árboles milenarios y lo demás, nos tomamos fotos de recuerdo y volvimos a casa. Después de toda la película que me pasé, el árbol no era ni parecido; pero igual me había cautivado, cada rama era un verso para mí.

## REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

## LA SOMBRA DEL JINETE

Fabián Agustín André Rojas Rojas (14 años)  
Escuela Diego Portales  
Laguna Blanca

**Primer lugar regional**

Una tarde en la que no corría mucho viento, salí a pasear por la pampa con mi abuelo Vicente. Caminamos hasta unas matas de calafate y nos sentamos a la orilla de un riachuelo. Mi tata me dijo:

—Este riachuelo me trae malos recuerdos.

—¿Por qué, tata? —le pregunté yo.

«Porque aquí falleció mi mejor amigo. Te traje aquí porque te voy a contar esta triste historia que ocurrió hace muchos años atrás —me contestó—. Segundo fue mi compañero de trabajo por muchos años, trabajamos juntos en la estancia “El Ovejero”. Mi amigo, en esos años, era un hombre alto y delgado, de pelo castaño, ojos verdes, y muy alegre. Él tenía una yegua muy regalona a la que trataba como su más preciado tesoro, ya que era su única compañía en dicho lugar. La yegua se llamaba “La Refalosa”. Él siempre apoyaba a los demás a pesar de su soledad.

»Un día viernes en época de verano —era el último día de trabajo de la semana— su jefe le dijo: “Segundo, este día solamente tienes que ir a Río Verde con Vicente a buscar un rebaño de ovejas y traerlas al galpón de la esquila, después de eso te

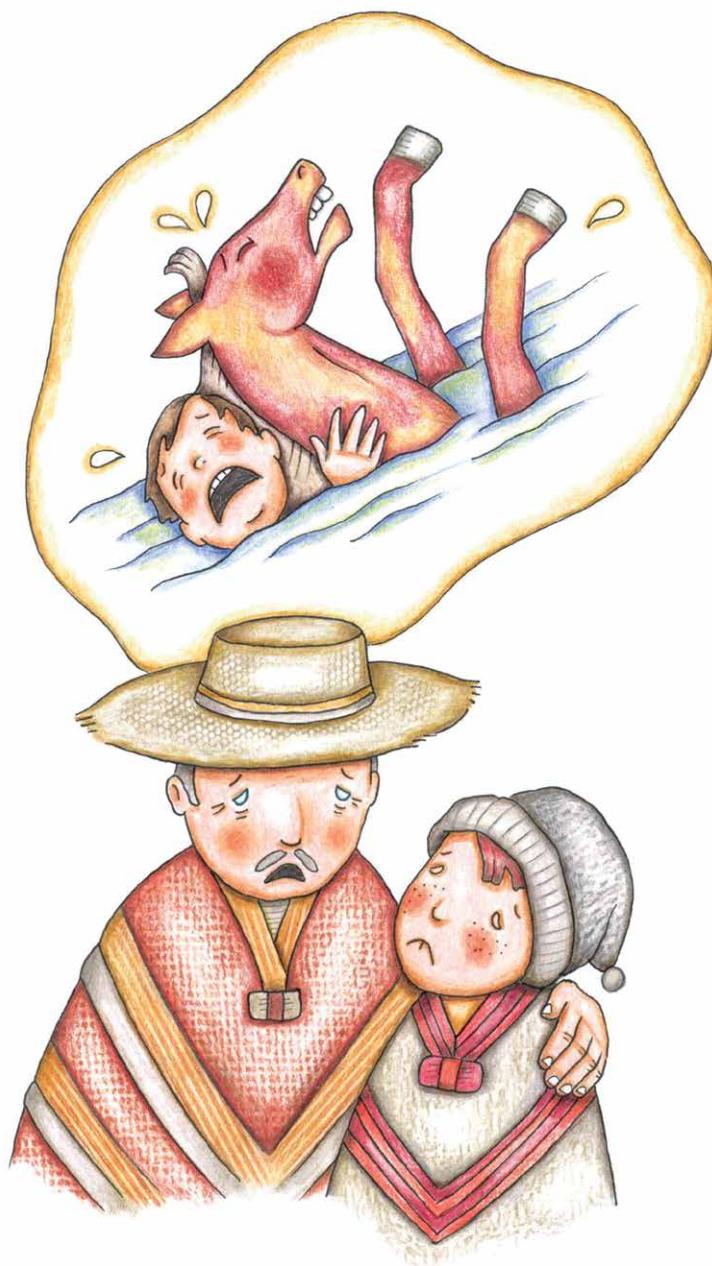
puedes ir”. Mi querido amigo Segundo le dijo al patrón que no se preocupara, pues cumpliría con lo encomendado. Nos preparamos y salimos a las ocho de la mañana. De repente, cuando estábamos a punto de llegar a Río Verde, escuchamos un ruido cerca de unas matas de calafate. La yegua de Segundo empezó a bufar. Cuando la vi haciendo eso estuve seguro de que un peligro se acercaba. Con espanto vimos salir desde los arbustos a un feroz puma. La yegua, asustada, galopó sin rumbo. Yo saqué el lazo que tenía en el anca del caballo y salí tras él.

»La yegua llegó con mucha velocidad a una laguna muy honda y no pudo frenar su carrera. Fuertemente, le grité: “¡Amigo, cuidado!”, pero era demasiado tarde. Segundo cayó a la laguna junto a su yegua. Yo me bajé del caballo que montaba y corrí a rescatarlo, pero lamentablemente no pude hacerlo pues a la orilla de la laguna tropecé y caí, golpeándome la cabeza sobre una piedra. Cuando desperté estaba en el hospital de Punta Arenas. Lo primero que hice fue preguntar por mi amigo Segundo. Me dijeron que la corriente de la laguna lo había arrastrado y no hubo forma de rescatarlo. Cuando llegaron al lugar los demás trabajadores que nos andaban

buscando, él ya había muerto. Después de oír esto lloré desconsoladamente, pues había perdido a mi mejor amigo y esas pérdidas son irre recuperables, sentía demasiada tristeza.

»Pasados unos meses de su trágico accidente, los ovejeros y gente que vivía cerca de la laguna

comenzaron a rumorear que en las noches veían la sombra de un jinete galopando velozmente con su caballo. Muchos turistas que han acampado allí dicen que también lo han visto. Creemos que es el espíritu de mi buen amigo Segundo que aún permanece en la pampa que tanto amó».



## REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

## MUJER DEL CAMPO

Adamari Constanza Belén Remolcoy Aguilante (12 años)

Escuela Diego Portales

Laguna Blanca

**Segundo lugar regional**

Había una vez una niña que vivía en el campo con su papá y abuelos. La niña se llamaba Catalina y su gran pasión era montar a caballo. Desde pequeña cabalgaba en las pampas magallánicas, ayudaba a su papá con las ovejas y lo acompañaba en el amanse de caballos. Pasaron los años y Catalina había crecido. Su familia se convenció de que la mejor decisión era que se le prohibiera a la niña continuar ayudando en el campo, porque podría ser mal visto y además que, al ser mujer, debía preocuparse de ayudar a la abuela en los quehaceres del hogar.

Catalina se sintió muy confundida con lo que le estaba pasando y eso hizo que se le viera triste. El abuelo, al observar lo desanimada que andaba su nieta, se acercó a conversar con ella, con la intención de alentarla. Durante la conversación, ella le preguntó qué hacía cuando era chico, a lo que él contestó que andaba a caballo, porque le encantaba y era lo que le había enseñado su padre. Después de la respuesta ella volvió a preguntar, pero ahora solicitando saber qué era lo que apasionaba a la abuela. El abuelo se puso pensativo y le respondió que la abuela hacía

todos los quehaceres de la casa, como preparar la comida, barrer y mantenerla ordenada, pero que su gran pasión era tejer chalecos y calcetines de lana.

Luego de esa conversación ella se sintió más confundida, debido a que sus abuelos podían seguir con sus pasiones y ella no. Después de mucho pensarlo, tomó una decisión y al otro día se acercó a su papá para conversar. Al comienzo el silencio rondó entre los dos, hasta que la niña comenzó a hablar. Le dijo que quería trabajar en el campo porque era eso lo que la hacía feliz y que sabía que debía ayudar a su abuela, por lo que no descuidaría sus quehaceres. El padre se sintió sorprendido por las palabras que había escuchado, abrazó y apoyó a su hija.

Desde ese día Catalina dividió su tiempo para cumplir con sus obligaciones: por la mañana ayudaba a la abuela en la cocina y en las tardes arreaba las ovejas con su padre, montada en su caballo fiel. La abuela al comienzo no estaba muy de acuerdo, pero al ver a su nieta tan dichosa, solo lo aceptó.



## REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

## EL HOMBRE DE LA LUZ

Nicole Francine Barrientos Leiva (13 años)

Escuela Diego Portales

Laguna Blanca

**Tercer lugar regional**

Mi abuela me contó que cuando tenía 12 años, su mamá le dijo que no se acercara al bosque, porque los campesinos que pasaban por ahí jamás salían. Por esa razón no podía ir. Un día mientras dormía la despertó una luz; se levantó de la cama, tomó una linterna y salió por la ventana a ver qué era. Vio que la luz provenía del bosque. Como era muy curiosa, fue en su dirección, pero no había nada, la luz había desaparecido y estaba muy oscuro. Sintió escalofríos, pero siguió caminando. Mientras avanzaba, escuchó un ruido y vio a un hombre que estaba herido, con su ropa toda rasguñada y con sangre.

La madre se despertó y vio que su hija no estaba en la cama. Salió corriendo hacia el bosque, pero no veía nada. Estaba muy aterrada. Dio un grito desesperado.

—¿Dónde estás! —exclamó. La joven escuchó los gritos de su madre.

—¡Acá estoy! —respondió. Su madre la encontró rápidamente. Fue hacia ella llorando y le dio un fuerte abrazo. La niña le pidió que le ayudara a llevar al campesino que estaba herido. Lo llevaron a su hogar y entraron.

—Tráeme el botiquín —le dijo. Luego lo curaron y esperaron a que se recuperara.

Al día siguiente, y una vez despierto el campesino, la joven le preguntó:

—¿Qué era esa luz extraña?

—Era la luz de una nave extraterrestre. Me secuestraron.

Ellos le habían hecho daño. La adolescente y su madre quedaron muy sorprendidas al escuchar al campesino.

—¡Vendrán por nosotros! —gritó la joven. Inmediatamente una luz remeció la casa. Todo se iluminó y el suelo se movió como si fuese un terremoto. Sucesivamente todo se apagó. Estaba muy oscuro.

Ella y su madre despertaron en el suelo, sin saber lo que había sucedido. Al levantarse se dieron cuenta de que el señor no estaba, había desaparecido dejando un gran silencio en el lugar. Mi abuela todavía recuerda ese día en que aquel hombre se esfumó de la faz de la tierra.







Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA  
Ministerio de Agricultura

Esta edición cuenta con el financiamiento del Ministerio de Educación